



UNIVERSIDAD DE CUENCA

Primera
Antología
Mariana
1885



ROSAS DE MAYO
EDICIÓN 2016

REVISTA LITERARIA
DE "EL PROGRESO"

E861.4

Si 13189

Contenido.

Ofrenda de Mayo.



COLECCIÓN DE POESÍAS AZUAYAS

DEDICADAS

A

MARÍA SANTÍSIMA

CUENCA,

1885

REPÚBLICA DEL ECUADOR

IMPRENTA DEL CLERO



PRESENTACIÓN

Por una resolución de los mantenedores del homenaje a la madre de Dios en la advocación de Sedes Sapientiae o Reina de la Sabiduría, corresponde a la Facultad de Economía impulsar en este año la continuidad de la celebración en sus dos facetas: la cultural y la religiosa. Esta grata tarea la asumimos con complacencia, pues la instauró en 1904 uno de nuestros grandes rectores e intelectuales cuencanos, el Dr. Honorato Vázquez Ochoa y se ha mantenido en la Universidad a lo largo de más de ciento diez años, con el apoyo de todos sus estamentos, desde los que la dirigen y enrumban en las más altas dignidades hasta de los profesores, estudiantes, personal que labora en todas sus dependencias y sus organizaciones clasistas.

De esa centenaria tradición se mantiene lo esencial: un homenaje académico con la publicación de poesías, prosas poéticas o libros de carácter religioso y cultural y la parte religiosa con la celebración de una Eucaristía, presidida por la máxima autoridad de la Iglesia cuencana.

Hay matices que han variado. Antes, cuando la creación poética estuvo en auge en la ciudad de Cuenca y todo intelectual se iniciaba con composiciones dedicadas a la Virgen María, se hacían concursos literarios y se premiaba con un Lirio de Plata y una Palma de Plata a los triunfadores. También se promovían concursos florales y se destinaba una Rosa de Oro para quien hacía el mejor arreglo, pero esos tiempos han pasado; hoy ya no se escribe poesía mariana con amplitud, pero se sigue con lo esencial: el culto a la Virgen María en el mes de mayo.

En este año hemos querido evocar la iniciación de esta tradición muy cuencana con la publicación en 1885, es decir, hace más de ciento treinta años, de la primera Antología Poética titulada Ofrenda de Mayo. Colección de poesías azuayas dedicadas a María Santísima, hecha por quienes estuvieron integrados a la Revista Literaria de El Progreso, heredera del famoso Liceo de la Juventud, estrechamente vinculado con la Universidad, institución que a través de sus autoridades, lo apoyaba permanentemente.

donación \$ 1.00 31 - Mayo / 2016

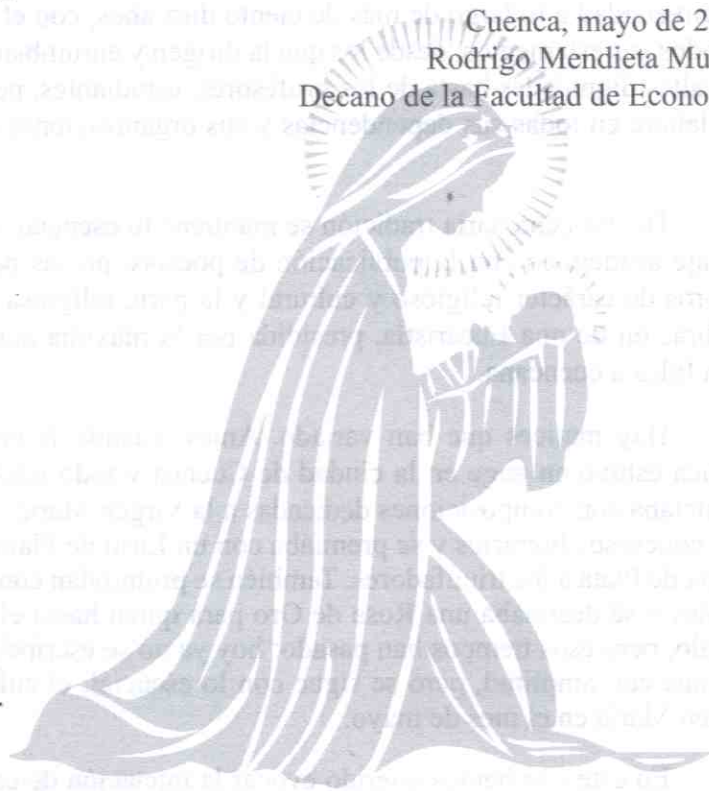


Con esta publicación no solo contribuimos a mantener una faceta muy cuencana y universitaria sino que aportamos con una investigación que nos permite conocer el inicio de las sociedades literarias en Cuenca, desde 1849 y saber que había un gran fervor por la cultura, pues es muy amplia la nómina de quienes se integraban como miembros honorarios, efectivos y colaboradores y con ello deducir por qué la ciudad, en ese entonces de unos cuarenta mil habitantes, se puso a la cabeza del Ecuador por el afecto por la cultura.

Cuenca, mayo de 2016.

Rodrigo Mendieta Muñoz,

Decano de la Facultad de Economía.



INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Cuenca comenzó a construir su nueva imagen, con enfoque en el afecto por el orden y la cultura a partir de los cambios en los que se empeñaron los gobernadores, a partir del primero en llegar en 1777, José Antonio Vallejo, quien ejerció un claro influjo hasta la iniciación del siglo XIX; luego con el establecimiento definitivo del Seminario en 1814, con las labores de sus primeros rectores, entre los que sobresale José María Landa y Ramírez y poco después con la adquisición de una imprenta y con toda la enorme labor cumplida por fray Vicente Solano y casi simultáneamente por Luis Cordero.

El 14 de enero de 1849 se creó el primer centro cultural que se denominó Sociedad de Aprendizaje Mutuo. Pertenecieron a ella José Rafael Arizaga, Antonio y Ramón Borrero Cortázar, Luis Cordero Crespo (de dieciséis años), Miguel Ángel Corral, Joaquín Fernández de Córdova, Benigno Malo Valdivieso, Antonio Merchán García, Francisco J. Moscoso Cárdenas, Manuel Polo, Manuel Salcedo Vintimilla, Tomás Rendón Solano, Manuel Vega Dávila, Rafael Villagómez Borja, los hermanos Parra.

Mariano Cueva Vallejo, en ese entonces ministro de la Corte Superior de Justicia, fue nombrado como protector de la Sociedad y a él le invitó Rafael (V) Borja, quien estaba a cargo de la nueva institución, para que presida la sesión inaugural.

La Sociedad La Esperanza es la segunda de las organizaciones juveniles con intenciones literarias. La impulsó y dirigió Federico Proaño, distinguido alumno de la Corporación Universitaria y se inauguró el 22 de noviembre de 1869. Luis Cordero Crespo le dio un total apoyo, con sus buenos y experimentados 36 años de edad. Participaron en la fundación Miguel Aguirre (después fray José María), Marcos Alfaro, Vicente Alvarado, Santiago Carrasco, Carlos Joaquín Córdova, Francisco de Paula Correa, Roberto Crespo Toral, David Díaz, Manuel Fernández de Córdova, Ezequiel Márquez, Julio María Matovelle, Miguel Moreno Ordóñez, Manuel



Ortiz, Víctor Pacheco, Darío E. Palacios, José Piedra, Juan José Ramos y Honorato Vázquez (aún jovencito de menos de quince años de edad).¹

El primer directorio quedó constituido así. Director: Luis Cordero. Presidente: Federico Proaño. Vicepresidente: Miguel Moreno. Secretario: Miguel Aguirre. Tesorero: David Díaz.

Se incorporaron como miembros, en años posteriores José María Abad Estrella, Manuel J. Alvarado, Vicente Ferrer Alvarado, Aníbal Arévalo, Francisco de Paula Arízaga, Manuel Nicolás Arízaga, Rafael María Arízaga, Jesús Arriaga, Vicente Arriaga, Emilio Astudillo Aguilar, Remigio Astudillo Chica, José Romualdo Bernal, Adolfo B. Bravo, Benjamín Bravo, Salvador Carrión, Francisco Castro Vintimilla, Juan Castro, David Cordero Crespo, Belisario Coronel, Francisco Javier Coronel, Cornelio Crespo Toral, Remigio Crespo Toral, Emiliano Crespo, Luis Antonio Chacón, Juan Bautista Dávila, Juan Abel Echeverría, Elías Espinosa, Elías Falconí, Camilo Ferrand, Agustín Freire Avilés, Salvador González, Víctor González Novillo, Federico Guillén, José María Heredia, Salvador Hidalgo, Aurelio Jaramillo, Miguel Jáuregui, Leonidas Larrea, Luis A. Loyola, Adolfo y Benjamín Lozano, Julio Maldonado, Alfonso Malo T., Benigno Malo T., Federico Malo, Ignacio Malo T., Miguel Eugenio Malo T., Joaquín Martínez Tamariz, Manuel Matovelle, Agustín Molina, Rogerio Molina, Carlos Montesinos, Manuel Montesinos, Eudoro Mora, Francisco José Moscoso, Manuel Mosquera, Alberto Muñoz Vernaza, Demetrio Muñoz, Francisco Muñoz, Aníbal Ordóñez, Benigno Orellana, Juan Antonio Orellana, Manuel Orellana, Rogerio Ortega, Benigno Pacheco, Ezequiel Pacheco, Luis A. Pacheco, Agustín Palacios, Benigno Palacios, David Palacios, Luis Antonio Palacios, Ignacio Palomeque, Amadeo y Luis Pauta, Salvador Peña, Agustín J. Peralta, Darío Peralta, José Peralta, Julián Peralta, Manuel Polo, Mariano Prado García, Hilario Regalado, Ignacio Rendón, Mariano Ricaurte, David Rodas, Manuel Eloy Salazar Bravo, Manuel y Antonio Salcedo Co-

¹ La enumeración la hacemos, por razones prácticas, siguiendo un orden alfabético por apellidos. Este sistema lo mantenemos a lo largo de este pequeño trabajo.



rral, Manuel Salcedo Vintimilla, Manuel Felipe Serrano, Pascual Suárez, Miguel Héctor Toral, Gabriel Arsenio Ullauri, Benjamín Urigüen, Ezequiel Urigüen.

De todos ellos unos fueron socios fundadores, otros socios efectivos y algunos socios honorarios.

Sus miembros se acogieron a la protección de la Corporación Universitaria del Azuay (hoy Universidad de Cuenca) que se fundó en 1867 y que inició sus actividades el 1 de enero de 1868 bajo el rectorado de Benigno Malo Valdivieso, quien renunció por motivos de salud y para la fecha de creación de la Sociedad La Esperanza tenía como rector al Dr. Mariano Cueva Vallejo. Se hizo relación a la obligación legal de crear, fomentar y proteger las actividades literarias y su primer presidente Federico Proaño pidió que se facilite la ocupación de algún local en el colegio Nacional o en el Seminario, instituciones que estaban bajo el amparo de la Corporación Universitaria.

El único objetivo de la Sociedad La Esperanza, de acuerdo con el reglamento, fue procurar el progreso científico y literario de los miembros que la componen y para ello el encargado de proporcionar algunas lecturas obligatorias era Julio María Matovelle.

Pronto se acordó elaborar dos periódicos manuscritos: La Aurora y El Crisol. En el primer se editaban poesías u otras composiciones y en el segundo se incorporaban las críticas y en ambos casos se ilustraban con acuarelas de su presidente, el joven Federico Proaño. El tribunal para juzgar lo que se pondría en El Crisol estuvo presidido por Luis Cordero e integrado por Federico Proaño, Julio Matovelle y Francisco de Paula Correa.

En 1870 fue nombrado como presidente Manuel Fernández de Córdova, que aunque residía en Quito entre la comunidad jesuita, se distinguía por sus cualidades intelectuales y científicas.



Pronto tuvieron un órgano impreso de difusión de los primeros ensayos poéticos o en prosa, se llamó La Aurora, que apareció el 14 de julio de 1871, constituyéndose en la primera revista literaria del Azuay. Fue apoyada económicamente por el obispo Remigio Estévez de Toral, el jesuita italiano Miguel Franco (quien llegó a ser rector de la Universidad) y por el mecenas de la institución Luis Cordero, también rector de la Universidad en los últimos años de su vida, hasta el de su muerte, en 1912. La revista sobrevivió hasta 1873, pues su principal impulsor Federico Proaño, dejó la ciudad para vivir en Guayaquil.² Fue entonces que Julio María Matovelle pasó a fundar el Liceo de la Juventud.

El Liceo de la Juventud fue una organización juvenil promocionada por Julio Matovelle y en el que se integraron muchos intelectuales cuencanos e incluso algunos guayaquileños y lojanos. Comenzó a funcionar el 12 de octubre de 1873. Terminó oficialmente sus labores en diciembre de 1879, cuando llegó al poder el general Ignacio de Veintemilla, quien ordenó la persecución de algunos jóvenes cuencanos que se ubicaron en la oposición política.

El acta de fundación dice: “En la ciudad de Cuenca, capital de la provincia del Azuay a 12 de octubre de 1873, reunidos en casa del Sr. Juan José Prado, los jóvenes Julio Matovelle, Miguel Moreno, Cornelio Crespo, Honorato Vázquez, Francisco Javier Coronel, León Muñoz, Luis Ángel Coronel, José María Abad Estrella, Ignacio Palomeque y Mariano Prado García, con el objeto de formar una sociedad literaria que lleva por nombre el de Liceo de la Juventud, se constituye en sesión previa, nombrando presidente ad hoc al señor Matovelle. En seguida dio este Sr. lectura al Estatuto que presentó, el cual fue aprobado por todos, después de hechas las modificaciones que se estimaron convenientes. Acto continuo se

² Juan Montalvo corrigió un error de un crítico que le atribuyó a él el periódico *Times*, que fue realmente de Federico Proaño. Dijo... “Es otro *Times*, *Timésito* pequeñuelo, muchacho, niño recién nacido, pero de barba ya tuheña y escabrosa, cuyas hebras son saetas que van derecho al corazón de los malvados. Nobles propósitos, ideas superiores, lenguaje culto, fino, según los ejemplares de los buenos tiempos del habla castellana, ¿Qué más se había menester para llamar la atención de la más ilustrada ciudad de Sudamérica, y esa *Atenas andina*, que allá en su altiplanicie está resplandeciendo con sus sabios, sus oradores, sus poetas, sus mil ingenios que pican en artes y ciencias liberales sin descuidarse jamás en los político...” (Nótese que Montalvo calificó a Cuenca en 1878 como *Atenas andina*... Esta es una de las primeras ocasiones que hay tal exaltación.



procedió al nombramiento de los empleados necesario en la Sociedad...”³ Quedó como director Luis Cordero, como presidente Julio Matovelle. Fueron elegidos como vicepresidente Miguel Moreno, secretario Mariano Prado García, tesorero Cornelio Crespo. Salvo el director, los demás solo podían ser reelegidos por una sola vez de manera consecutiva.

Se establecieron tres tipos de socios: honorarios, efectivos y aspirantes. Estos últimos ingresarían previa una solicitud debidamente aprobada y debían hacer méritos para pasar a la calidad de efectivos. Estos se dividirán en cuatro secciones: historia, literatura, religión y ciencias. Tendrán una sesión pública cada tres meses y otras privadas cada quince días. Luis Cordero ejerció la Dirección prácticamente hasta 1880. Presidieron también la organización Carlos Joaquín Córdova, Miguel Moreno, entre otros. Dentro de su sección histórica, uno de sus más destacados miembros fue Alberto Muñoz Vernaza, quien recuperó documentos muy importantes para el mejor conocimiento de nuestro pasado.

El Liceo de la Juventud pronto tuvo un órgano público de expresiones literarias. Se llamó La Luciérnaga que contó con el apoyo científico y académico de Antonio Borrero (quien asignó la pequeña cantidad de diez pesos mensuales, cuando ejerció la primera magistratura), de Francisco Javier Arévalo, Luis Cordero, Remigio Estévez de Toral, Francisco J. Moscoso. La Luciérnaga en la cronología de las revistas cuencanas ocupa el segundo puesto, después de La Aurora (1871).

La revista solo duró siete meses. También se fundaron revistas manuscritas con nombres Como La Hormiga, La Abeja, El Crepúsculo, El Calador, El Obrero, El Diario, El Analista.

Sobresalen entre sus miembros Miguel Aguirre (padre José María Aguirre), Manuel J. Alvarado, Manuel Nicolás Arízaga, Rafael María Arízaga, Jesús Arriaga, Vicente Arriaga, Antonio Borrero Cortázar, Santiago Carrasco, Salvador Carrión, David Cordero

³ Márquez Tapia, Ricardo, *El primer Liceo de la Juventud*, Tip. Universidad, Cuenca, 1943.



Crespo, Luis Cordero Crespo, Carlos Joaquín Córdova, Luis A. Coronel, Cornelio Crêspo Toral, Remigio Crespo Toral, Mariano Cueva Vallejo, Remigio Estévez de Toral, J. M. Estrella, Alfonso Malo T., Benigno Malo T., Ezequiel Márquez, Francisco Martínez T., Joaquín Martínez Tamariz, Julio María Matovelle, Miguel Moreno Ordóñez, Alberto Muñoz Vernaza, Manuel María Ortiz, Darío E. Palacios, José Peralta, Mariano Prado García, Federico Proaño Márquez, Miguel Héctor Toral, Gabriel Arsenio Ullauri, Honorato Vázquez.

Revisando esta lista se puede concluir fácilmente que sus integrantes eran jóvenes del Seminario y de la Corporación Universitaria del Azuay que anhelaban el progreso cultural y político de Cuenca y del Ecuador. Se habían terminado los oprobiosos años de la dictadura del general Ignacio de Veintemilla, se le depuso con actos heroicos, primero en una guerra que se concentró en las calles de Quito y que terminó el 10 de enero de 1884, a pesar de la resistencia ofrecida por la llamada Generala Marietta de Veintemilla, sobrina del gobernante, quien se refugió y se atrincheró en Guayaquil, su plaza fuerte, hasta que se le venció. Varios políticos e intelectuales se llamaron Progresistas y su capital ideológica estaba en Cuenca. Se caracterizaron por la moderación, el equilibrio, el respeto a las ideologías, el afán de lograr la descentralización del Estado, la libertad ciudadana, entre otros ideales. Sus miembros tuvieron como ideólogos a Benigno Malo, eminente hombre público y primer Rector de la Universidad, a Antonio y a Ramón Borrero Cortázar, a Luis Cordero, entre sus figuras más descollantes.

Las sesiones del Liceo eran públicas o privadas, según las disposiciones de sus estatutos. Los actos literarios o culturales que organizaban tenían el costo de 5, 10 y 20 centavos, según la localidad que ocupaban los asistentes. Uno, de especial memoria fue la presentación de vistas optorámicas, traídas por el fotógrafo norteamericano Camilo Ferrand, en 1874. Se trata de unas transparencias que se proyectaban sobre un telón. Las primeras figuras que asomaron ante los maravillados ojos de los asistentes fueron las de Pío IX,

Simón Bolívar, Jorge Washington, Vicente Solano, Benigno Malo, Pío Bravo, Miguel Heredia y Agustín Cueva. Con este motivo Luis Cordero leyó su poema El Águila del Norte.⁴

“Matovelle fue alma y brazo de aquella sociedad por la que pasaron casi todos los hombres de letras de la comarca... investigadores de la historia, teólogos, poetas, aficionados de ciencia y arte...” (Remigio Crespo Toral).

Pasaron los años tormentosos del gobierno de Veintemilla y ya para 1884 se fundó el periódico El Progreso que incorporó a sus ediciones la Revista Literaria, órgano del Liceo de la Juventud. Se planificó para que tenga nueve números políticos y tres literarios. La serie anual de doce costaba un sucre con veinte centavos.

El número que reproducimos tenía un valor económico de cuarenta centavos, pues se lo consideraba como especial. Es el primer esfuerzo por publicar una antología de composiciones dedicadas a la Virgen María y que quiso ser más voluminoso, pues esperaban mayor número de colaboraciones.

Al examinar la gran cantidad de nombres que figuran en estos afanes literarios que se inician a mediados del siglo XIX, se puede concluir fácilmente que hubo un intenso afán de escribir poesías y de entrar en diversos campos del quehacer literario y científico. Los cuencanos quisieron ser cultos y la cultura se expresaba, sobre todo, escribiendo poesías. Casi todos los autores que entregaron su contribución pertenecieron a estas sociedades literarias que dieron un signo de identidad a la ciudad, sobre todo por el afán de hacer poesía mariana. Y es de recalcar que todas estas instituciones nacieron al amparo de la Corporación Universitaria del Azuay, hoy Universidad de Cuenca y que nuestra Alma Mater, que en el próximo año cumplirá ciento cincuenta años de existencia, ha sido la institución que con mayor fuerza ha impulsado el desarrollo de la ciudad y de la región, en todos sus aspectos y más en el cultural, desde 1868.

⁴ Se podría decir que esta fecha marca la iniciación de lo que serían las proyecciones de películas hasta que llegó el cine mudo y luego el sonoro, en la iniciación del siglo XX.



Hemos apoyado desde hace muchos años la celebración mariana universitaria y nos complace poder colaborar con la Facultad de Economía que en este año asumió la responsabilidad del mantenimiento del culto a la Reina de la Sabiduría, iniciado por el gran rector y uno de los ecuatorianos de mayor excelencia, el doctor Honorato Vázquez Ochoa.

Se ha procurado que esta edición tenga las mismas características que la original; sin embargo, no es facsimilar, pues hoy contamos con mejores equipos que superan técnicamente las deficiencias de los viejos talleres con caracteres singulares que los cajistas tenían que componer letra por letra y armar las planchas para su impresión. Se hizo la corrección de erratas y se elaboró un Índice, que permite conocer mejor los nombres de los autores e incluso saber que hubo poesías que se identifican solo con las iniciales y que hay una en la que no se quiso poner ni el nombre ni el apellido. Vemos que hay una sola participación femenina, identificada solo con el nombre de Lucía y que integran la antología dos guayaquileños que estudiaban en Cuenca.

Todos los autores fueron estudiantes del Seminario o de la Universidad y muchos de ellos se iniciaron en el cultivo de las letras con estos pequeños aportes publicados en 1885, para luego convertirse en grandes figuras literarias como Juan José Ramos, Tomás Rendón, Honorato Vázquez, Tomás J. Alvarado, Deifilio Larriva, Víctor González Novillo, el Hermano Miguel, Remigio Crespo Toral, Miguel Moreno, Carlos Carbo Viteri y Cesáreo Carrera, estos dos últimos notables intelectuales guayaquileños.

De acuerdo con el gusto literario de la época, enmarcado dentro del romanticismo, todos los autores escriben según la rígida preceptiva literaria, pero con numerosas formas de componer los versos y las estrofas, unas más clásicas que otras, pues hay autores que incursionan en el gusto popular, siempre buscando la rima perfecta y hay uno que lo hace en el idioma quichua, lo que fue también fue del gusto de Luis Cordero.



Como dijimos en alguna otra ocasión, estas poesías, en algunos casos con rasgos de gran inspiración y de belleza literaria, son ejercicios intelectuales que estuvieron movidos por un profundo afecto a la Virgen María, inspirado por sus progenitores y por sus maestros y hay que verlos con la finalidad de sus intenciones: ser oraciones y confesiones dedicadas a la mujer más maravillosa de todos los tiempos, la Virgen María.

Juan Cordero Ñiguez.



**COLECCIÓN DE POESÍAS AZUAYAS DEDICADAS
A MARÍA SANTÍSIMA.**

Ofrenda de Mayo.

INTRODUCCIÓN

I

Trovadores montañeses,
los de las humildes arpas,
los que habitáis a la orilla,
orilla del Tomebamba,
los que en estas altas cumbres
cantáis cual aves sagradas;
pues la alegre primavera
luz y músicas derrama
y con las flores de mayo
las campiñas engalana;
y pues, vestida de fiesta,
la Doncella Inmaculada
en los hogares habita
sobre el altar se levanta: -
¡pulsad las arpas humildes
poblad las nativas auras
con los cantos inmortales
del amor y la esperanza!
¡Que en estos valles se siente,
se gime, se reza, se ama;
qué bien se canta en las cumbres,
que entre flores bien se canta,
y los cielos están cerca,
muy cerca de las montañas!



II

¡Primavera! ¡Bien venida
 primavera de las almas!
 Si las tierras y los cielos
 hoy se han vestido de gala,
 si en los valles, entre flores,
 sus linfas resbala el agua,
 si las brisas van y toman
 en perfumes empapadas,
 si la altiva cordillera
 cubre de flores su falda,
 ¡Hay tanto amor en el pecho
 y tanta fe y esperanza!
 ¡Que los corazones arden
 como incienso ante las aras,
 y en las aras se recuestan
 cual víctima inmaculada!
 En la iglesia campesina
 clama alegre la campana
 y el tamboril de las fiestas,
 en las rústicas comarcas,
 lleva el gozo a los hogares,
 preside la alegre danza...
 ¡Bien venida, bienvenida!
 ¡Primavera de las almas!



III

Y vosotros los que lejos
 aspiráis ajenas auras,
 miráis extranjeras cumbres,
 bebéis extranjera el agua;
 los que pulsasteis la lira
 a orillas del Tomebamba,
 y hoy vivís en otro nido,
 golondrinas solitarias:
 pues en la Patria se entonan
 de Mayo trovas sagradas;
 ¡tornad los cansados ojos,
 volved el alma a la Patria!
 ¡Ved a lo lejos la linde
 de las nativas montañas
 y pulsad el arpa triste
 de vuestras queridas playas!
 Y pues ama tanto, tanto
 la Virgen Inmaculada
 a los que en ajenas tierras
 le bendicen y le cantan,
 la Virgen de vuestros valles,
 vuestros cánticos aguarda:
 ¡Tornad hacia ella los ojos,
 volved el alma a la Patria!



IV

Bendice, Santa Patrona
 estas risueñas montañas
 donde los niños te rezan,
 donde los bardos te cantan.
 Tú Madre, lo pobre buscas,
 tú las humildes moradas:
 ven habita a las orillas,
 a orillas del Tomebamba.
 Y los bardos montañeses,
 ¡Pongan sus arpas en tu ara,
 y sus arpas en las noches,
 en las noches solitarias,
 por tu mano heridas, broten
 cantos de amor y esperanza!
 Te miren nuestras campiñas,
 ¡Oh pastora de la almas,
 llevar airosos los pasos
 sobre la florida grama!
 ¡Ven oh Virgen, aquí tienes
 una rustica cabaña,
 y ofrenda de santas flores
 y ofrenda de tristes arpas!
 Ven está cerca muy cerca
 el cielo de las montañas!



BELLEZAS FUGACES

He buscado anhelante, la belleza
 en los remansos de sonante río,
 a la sombra feliz del bosque umbrío,
 del valle en la apacible gentileza;
 de la aurora fugaz en la riqueza,
 entre las nieblas del brillante estío,
 del iris en el cándido atavió,
 en los dorados sueños de grandeza;
 en los mudables goces de la mente
 y en la sonrisa de una virgen pura:
 mas gimió siempre, mi ánima doliente;
 ¡Porque he buscado, ciego en la falsía
 del engañoso mundo, la hermosura,
 y no en tu amable corazón, María!

JUAN J. RAMOS



**A LA VIRGEN SANTISIMA
DE MERCEDES**

“Pues nadie se ha de salvar sin que tu amor intervenga” (*⁵)

GLOSA

Si a las súplicas accedes
del que tu piedad implora,
oye mis ruegos, Señora,
Reina que todo lo puedes.
Haz que yo, por tus “mercedes”
siempre en el bien me mantenga,
y que obrando, cual, convenga,
llegue del cielo a gozar;
“Pues nadie se ha de salvar
sin que tu amor intervenga”

TOMÁS RENDÓN

¡SANTA MARÍA!

Llagado el pecho, ignoto mí destino,
cruzo la soledad, sin rumbo y guía:
¡Sálvame, Madre! ¡Salva al peregrino!

¡SANTA MARÍA!

Mi existencia cual lámpara apagada,
entre las sombras rodará veloz:
sé tú el fanal que alumbrará mi jornada,

¡MADRE DE DIOS!

En la ardorosa lid, consuelo Santo,
puerto y amparo del que enfermo llora:
por el hijo que gime ¡tanto, tanto!

¡RUEGA, SEÑORA!

Madre Jesús nos dijo en el calvario
“esa mujer es madre de vosotros”
: a ti volvemos con clamor diario,

¡TODOS NOSOTROS!

5 [*] Léense estos versos en la tierna y hermosísima novena que se reza todos los años, en la iglesia de la Merced, desde el 15 de Setiembre hasta el día 24 en que se celebra la fiesta de la Virgen.



A ti que del Eterno recibiste
 ¡Amargo dón! Herencia de dolores;
 Te claman pues también los redimiste,
¡LOS PECADORES!

Propicia y tierna, escucha, Madre Santa,
 al que en la angustia, tu piedad implora
 y piadosa ampara al que te canta
HOY Y EN LA HORA...

En la hora en que noche tenebrosa
 nieblas de eternidad en torno vierte
 ¡vuelo final del alma, hora brumosa
DE NUESTRA MUERTE!

JOSÉ MORA



¡SI OS AMARA!

¡Ah si os amara! Si este que devora,
 mi alma ardiente volcán, presto estallara!

¡Ah si os amara, celestial Señora,
 ¡Ah si os amara!

Como el proscrito la región nativa,
 como el sediento ciervo fuente clara,
 y los vientos el águila cautiva,

¡así os amara!

¡Dadme el amaros! O morir prefiero
 ¡antes que infiel e ingrato abandonaros!
 Dadme el amaros: otro amor no quiero,
 ¡dadme el amaros!

¡Necio el que busca y prosternado adora,
 en profanado altar ídolos caros.

Mañ yo tan solo a Vos, Madre y Señora,
 ¡ansío amaros!

No en vano siento este anhelar ardiente,
 cual suplicio de Tántalo sediento,
 no en vano siento enloquecer mi mente,
 ¡no en vano siento!

¡No en vano vuela audaz a lo invisible
 cual pájaro gentil, mi pensamiento!
 Fuego infinito, fuego inextinguible
 ¡de amaros siento!



En mil pedazos, de otro amor, deshecho
 ¡rómpace el yugo, rómpanse los lazos!
 En mil pedazos rómpase mi pecho
 ¡en mil pedazos!
 Vuele mi alma del barro desprendida,
 con dones del amor, a vuestros brazos;
 ¡luego se rompa el hilo de mi vida!
 ¡En mil pedazos!

TOMÁS J. ALVARADO



MI CANTO

¡Quién me diera del Cielo la armonía
 y de ardiente querub el estro ardiente,
 para cantar tus glorias ¡Oh María!
 ¡Con cántico ferviente!

Oh luz inmaculada,
 del seno del Eterno desprendida,
 ¡fuente de amor y manantial de vida!
 Azucena del cielo, trasplantada
 al jardín de Judea;
 En la tierra y la altura, ¡siempre sea
 bendecido tu nombre, con sonora
 ferviente voz, del uno al otro polo,
 de ocaso hasta la aurora!

Por las rabiosas olas combatido,
 en la alta mar el náufrago perdido,
 medroso lucha en medio la tormenta:
 el remo agita en vano
 y en vano se lamenta,
 pues desgarrada la ondulante lona,
 errante y ciego en el inmenso océano,
 entre el fragor del mar que la aprisiona,
 la frágil carabela,
 por bramadores vientos arrastrada,
 baja al abismo, en los espacios vuela...



Mas llega hasta tu oído
la oración del doliente marinero,
y al eco lastimero
de esa oración, acudes al instante,
¡Estrella de los mares rutilante!

Tu voz y nombre bastan
a estremecer los senos pavorosos
de la oscura caverna,
do entre tiniebla eterna
contra el Señor airado,
rugidos lastimeros
lanza vencido el ángel del pecado.

Si riega peste airada
su copa envenenada,
y el mundo vuelve a ti triste y culpado;
tornas tú la alba faz, y ves al mundo;
y en el cálido suelo
¡derramas tú las fuentes del consuelo!

Con sordo recrujir tiembla la tierra,
y el fuego ardiente que su seno encierra
vomita asolador. En la callada
noche, cien monstruos crujen, como crujen
con ronca voz potentes huracanes;
lanzan hacia las cumbres de los cielos
sus trombas de humo y fuego los volcanes.



Mas a tu trono llegan
del consternado pueblo los gemidos;
y, estrella de ventura,
llenas, por fin, el asombrado cielo.
Y huye la noche oscura
y sobre la montaña y la pradera,
luce riente el sol de primavera...

Tú al dolor encadenas,
tú derramas almíbar en la copa
de hiel de tantas penas.
Eres amparo y guía
de tu pueblo que amante,
hacia el confín distante
sigue tu estrella ¡celestial María!
También la sigo yo: con sacrosanto
y férvido deseo,

te elevo pobre canto:
¡que en alas del amor despliegue el vuelo,
y resuene los ámbitos del cielo.

Tuya es mi arpa Señora,
pues es humilde y tú lo humilde gustas.
No importa que mi canto rudo sea,
si es el himno que ensaya con la aurora
avecilla infeliz. Tú sí comprendes
el idioma del alma,
tú el balbucir del pajarillo entiendes
y, del nido en la calma,
¡el amor que comienza, tú sorprendes!...

FIDEL CEVALLOS



OFRENDA DE LA INOCENCIA

¡Cuán dulce es, niña, el idioma
 con que nos suelen hablar
 las flores con sus perfumes
 y sus colores – verdad:
 la humilde y casta violeta,
 aunque hermosa, tan fugaz,
 como nosotras principia,
 desde que nace a llorar,
 jactanciosa la azucena,
 de ser bella sin igual,
 ¡ay! presto enseña al ajarse,
 ¡que es solo humo la beldad!
 y la purpurina rosa
 ¡que ha robado del Sangay
 tinte y calor, con que fuego!
 ¡“vivir nos dice, es amar”!
 – Cuánto dolor, cuánta pena,
 ¡niña, matándome están!
 pues nada te hablan las flores
 en lenguaje celestial:
 la violeta es el emblema
 de la sincera humildad,
 qué poco estable en el mundo,
 como esa flor es fugaz.
 ¡Cuán difícil es la esencia
 de la azucena guardar!



pero guardar, tierna niña,
 tu inocencia, mucho más.

Y aquel tinte de la rosa,
 te está hablando de un volcán,
 que ni mata, ni consume,
 pues su llama es caridad...
 -Calla, calla, pues me espantas,
 siento un profundo pesar...
 ¡Ay cuando, Madre bendita,
 cuando mi estrella serás!...

Así dijo en aquel día,
 y en busca de amor y paz,
 pobre paloma inocente,
 al rugir la tempestad,
 buscó un asilo en María:
 allí está, con ella está,
 ofrendándole por siempre,
 con candor angelical,
 en vez de flores y aromas,
 pureza, amor y humildad.

JUAN J. RAMOS



ROSAS Y AZUCENAS

Ya las encendidas rosas
y las níveas azucenas
perfuman todas las tardes
los jardines y praderas.

Ya la juguetona brisa
cargada de aromas llega,
y rendida se detiene
a las puertas de la iglesia;
un dulce suspiro lanza
y silenciosa penetra,
trayendo suaves aromas
de rosas y azucenas.

Las niñas llegan corriendo
por la plaza de la aldea,
candorosas y sencillas
como rosas y azucenas.

Y de azucenas y rosas
con abundante cosecha,
a las puertas se acercan
de la campesina iglesia.

Piadosas se detienen,
se postran y humildes rezan,
y es ferviente la plegaria
de aquellas castas doncellas,
encendida cual la rosa
y pura cual la azucena.



Con los gemidos del viento

la oración al ara llega,

do graciosa se levanta

la doncella de Judea;

la doncella que piadosa

recibe las flores bellas,

¡perfumada, hermosa y santa

ofrenda de la inocencia!

Solo azucenas y rosas

María en sus prados siembra,

pues sabed que de los cielos

María es la jardinera,

que trasplanta a sus jardines

frescas flores de la tierra:

por esto se van los niños,

se van también las doncellas,

¡porque a María le gustan

las rosas, las azucenas!

¡Oh! ¡Madre del alma mía!

morir a tus pies quisiera,

como a tus plantas se mueren

en la campesina iglesia,

¡por el amor marchitadas,

las rosas, las azucenas!



EL HUÉRFANO

Transida el alma de dolor profundo,
huérfano y triste, en el desierto errante,
buscaba en vano un corazón amante,
en vano luz buscaba en este mundo.

¡Ay! El genio del mal trajo dolores
sembró de espinas mi áspero camino;
y ajó la mano de fatal destino
de mi esperanza las risueñas flores.

Era mi vida, vida de tormenta
en que furioso el huracán batalla,
y fiero el rayo deslumbrante estalla,
y el ronco trueno con fragor revienta...

Mas, de las zarzas del camino, un día
buscando alivio a mi profundo duelo,
los ojos levanté gimiendo al cielo;
y entre nubes y luz te vi, ¡María!

Te apiadaba mi pena abrumadora
y amorosa mi llanto bendecías,
y con dulce sonrisa me decías:
“La madre soy del huérfano que llora”
De entonces tu hijo soy... ya nada quiero,
no busco gloria, ni ambiciono el oro:



solo busco tu amor —es mi tesoro,
que me alcances tu gloria: ¡así lo espero!

¡Ah llévame tú misma de la mano!
la fe me muestre el áspero camino,
¡me alumbre de tu luz rayo divino,
entre las sombras del revuelto océano!

Madre ¡bendita seas! ¡anhelante
te consagró mi amor y mi albedrío!
yo te erijo un altar —el pecho mío—
¡Nunca te olvidaré, ni un solo instante!

¡Qué me importa gemir sobre la tierra!
¡que el genio del dolor traiga dolores!
¡a Dios soñada dicha! ¡a Dios honores!
¡mueva la envidia furibunda guerra!

¡Derrame la calumnia su veneno,
desate contra mí su lengua impura,
ponga hiel de mi copa en la dulzura
el odio cruel a la ventura ajeno!

¡Vendrá el día en que rotas mis cadenas,
vuele a los brazos de la madre mía!
¡recibirás mi amor, también María!
¡y mi ofrenda, la ofrenda de mis penas!

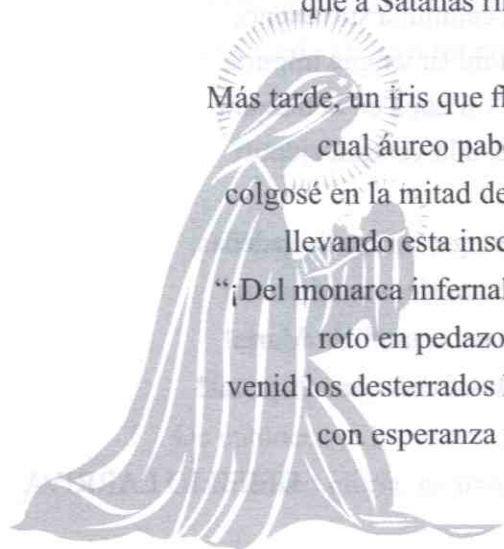
DEIFILIO LARRIVA



EL PRIMERO DE MAYO

Amaneció de Mayo el claro día,
 y un ángel exclamo:
 "Levantad vuestros ojos hacia el cielo,
 la tempestad pasó"
 y tendiendo su vuelo en el espacio,
 cual ráfaga de luz,
 rompió las densas pavorosas sombras,
 rasgó el negro capuz.
 Entonces el orbe todo engalanado
 con mágico primor,
 entonó mil cantares melodiosos
 con gozo arrobador.
 Y la nube de incienso vaporosa
 en espiral subió,
 para besar el pie de la heroína
 que a Satanás rindió...

Más tarde, un iris que flotaba undoso,
 cual áureo pabellón,
 colgose en la mitad del almo cielo,
 llevando esta inscripción:
 "¡Del monarca infernal el cetro duro
 roto en pedazos fue;
 venid los desterrados hijos de Eva,
 con esperanza y fe!"



Al instante, sus lágrimas secando
 los hijos del dolor,
 ufanos cortan aromadas flores
 de vívido color;
 y tejiendo con júbilo coronas
 adornan el altar,
 do de Judá la Reina augusta viene
 su gracia a derramar.
 Allí de hinojos cada cual le enseña
 herido el corazón;
 ¡y con sentida y mística plegaria
 impetra compasión!
 La Virgen Madre conmovida muestra
 en sus ojos bondad;
 y se alza el sol en la empinada cumbre:
 ¡huyó la tempestad!
 ¡Ah! Los que el pan coméis del infortunio
 en extranjero hogar,
 ¡venid, venid que vuestra Madre os quiere
 en su seno estrechar!...

VÍCTOR GONZÁLEZ NOVILLO



A MARÍA

A ti mi canto elevo,
 ¡Doncella de Sión, Madre divina!
 ¿a quién más que a ti debo
 mi amor, mi gratitud? ven ilumina
 con tu luz inmortal mi débil mente,
 y pueda yo cantarte reverente.

Del humano destino
 mediadora eficaz; luciente faro
 que muestras el camino
 al infeliz mortal; seguro amparo
 del que humilde a tus pies su crimen llora,
 y en la ardua prueba tu favor implora.

¡Oh espejo de pureza!
 ¡oh limpia como el sol, Virgen hermosa!
 fue tanta tu grandeza,
 que al mismo Dios atrajo poderosa:
 digno en tu seno un templo le erigiste,
 y con Jesús la redención nos diste.

Cuando con fe, María,
 en su miseria el pecador te invoca,
 al punto eres su guía:
 tu gracia el duro corazón le toca,



y entonces deja el lodazal inmundo,
 y busca el Cielo despreciando el mundo.

¡Cuántas veces a mi alma
 has conservado en su aflicción serena,
 trocando en dulce calma
 de mi angustiado corazón la pena!
 grato consuelo en mi dolor me diste
 ¡siempre mi luz y mi esperanza fuiste!

¡Oh Madre! tus favores
 orgulloso deshecha el hombre ingrato:
 por sendero de flores
 tú le guías el bien; mas insensato,
 oponiendo a tu afán necia porfía,
 sigue del mal la tenebrosa vía.

Y si por maldad tanta,
 del Supremo Hacedor la justa diestra
 airada se levanta,
 ¡cuán grande, oh Reina, tu bondad se muestra!
 al divino favor rota la valla,
 el rayo apagas que en su frente estalla.

Sé tú mi luz, mi guía,
 de aquesta vida en el sendero triste;
 si mi alma en ti confía
 y tu amorosa protección me asiste,



de mi fiero dolor la honda amargura
el presagio será de mi ventura...

¡Oh Reina! ¡como, dime,

debo seguir la senda que conduce

a la mansión sublime

¡do se vive feliz!

¡Madre, en ti puse

mi corazón, mi fe! ¡tu amor ansío!

¡en ti mi dicha y mi esperanza fio!...

JERÓNIMO MOSQUERA



ODA A MARÍA SANTÍSIMA

DEDICADA A MI QUERIDA MADRE,
LA PRIMERA QUE ME ENSEÑÓ A ALABAR A MI TIERNA
MADRE DEL CIELO.

Dulce Virgen María,

puerta feliz del Cielo siempre abierta,

permite que hoy eleve la voz mía

hasta el trono en que brilla tu hermosura,

do te ostentas de gracias mil cubierta,

suaves rayos lanzando de luz pura.

Tú a quien cielos y tierra

magnifican y ensalzan de mil modos,

porque perfecta solo en Ti se encierra

la obra divina de la gracia santa,

porque Tú sola entre los seres todos

pudiste hollar la sierpe con tu planta;

Tú a quien en todo idioma

engrandecen en coro todas las naciones,

desde el punto en que el sol radiante asoma

hasta donde al morir su rayo inclina;

y en mármoles y lienzos los blasones

de tu beldad estampan peregrina;



Tú a quien con infalible
voz augusta proclama Roma eterna,
zarza ardiente del fuego inextinguible,
escala de Jacob, jardín cerrado,
sellada fuente, casa de Dios tierna,
Inmaculada Virgen sin pecado;

Tú a quien célicas huestes
en torno a Ti formándote la corte,
acordes pulsan cítaras celestes,
tus glorias celebrando y tu grandeza,
pues en Ti la Deidad se hizo consorte
de la miseria humana y la flaqueza;

Tú a quien Dios mismo ensalza
de su fecundidad en el secreto;
tú por quien hasta Dios el hombre se alza,
¡oh predilecta! ¡oh Hija de Dios Padre!
tú, que por el amor del Paraclete,
fuiste del Verbo inmaculada Madre;
¿Cómo la voz consientes
que se junte de un mísero gusano
a este concierto universal de ardientes
himnos que suben a tu trono inmenso?
¿permitirás que en tu ara el polvo vano
ose mezclarse al aromoso incienso?



Mas, entiendo, Señora,
que siendo Madre tierna y compasiva,
amorosa y solícita Pastora,
no permite tu amor que desatiendas
el clamor de la oveja tan esquiva
que despreció tus pastos y tus sendas;

Y que apenas percibes
que vuelve al tierno aprisco en que sesteas,
con alegría vas y la recibes,
de tu seno la acoges al regazo,
la perdonas, consuelas y recreas,
puesta a tu corazón con tierno abrazo.

Ni desdeñas la mustia
y deshojada rosa puesta en tu ara
por mano del dolor y la angustia;
y que una humilde lágrima vertida
más grata es para Ti, más dulce y cara
que perla del avaro apetecida.

Mas ¿qué podre decirte
que placido te suene al tierno oído,
y que de amor el pecho vaya a herirte?
¿qué presente de Ti serápreciado?
¿mi corazón te place?... ¡hélo rendido
ante Ti, sin reserva, y subyugado!



¿Te absorbe y embelesa
 ese de amor filial mirar divino
 y el dulce son de voz con que no cesa
 tu Jesús de embriagarte en alegría?
 pues unido con Él, y de contino,
 así te quiero amar ¡oh Madre mía!

H. M.
 Quito, 1885.



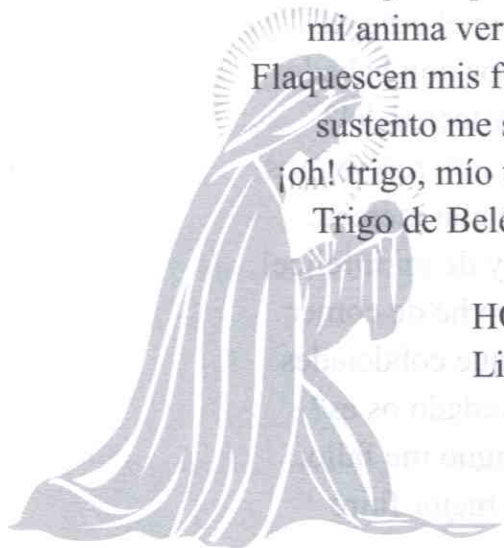
VILLANCICO

¡Que trigo, que trigo
 que nasce en Belén!
 ¡Cuán branca la espiga
 que destila miel!
 Non las avecicas
 le facen placer:
 ángeles revuelan
 por cima de él,
 cual si cobdiciasen
 la espiga comer.
 -Decidme, angelicos,
 decid ¿para quién
 a tal trigo cresce
 destilando miel?
 -Non para nosotros,
 para el ome es.
 -¿E vos non habedes
 partecica del?
 -Non, non rescibimos
 tan alta merced.
 -¡Guay de mi infelice!
 ¿E yo he de comer
 pan que cobdciades
 e vedado os es?
 Indigno me fallo,
 e mejor fuiré



do gima mis males
 lejos de Belén...
 -¡Oh! non, non, tal fagas:
 omildoso sé,
 gime cabe el trigo,
 e come de él.
 -Enfermo me fallo.
 -Melecina es.
 -¡Oh! ¡non la merezco!
 - Por ende es merced.
 ¡Oh! ¡trigo del cielo,
 nascido en Belén!
 en la mi amargura,
 mi panal de miel,
 al suelo mi fronte
 rendida la ve
 en siego de planto
 mi anima verter.
 Flaquescen mis fuerzas,
 sustento me sé,
 ¡oh! trigo, mío trigo,
 Trigo de Belén!

HONORATO VAZQUEZ
 Lima, diciembre de 1881.



CÁNTICO

¡Oh! ¡lirio entre espinas!
 ¡oh rosa de amor!
 yo te entrego el alma,
 ¡doite el corazón!

¡Oh! ¡blanca paloma
 del nido de Dios!
 mi inocencia guarda,
 ¡dame tu candor!

Refulgente estrella,
 clara más que el sol,
 condúceme al puerto
 de mi salvación.

Ciudad invencible
 y alcázar de Dios,
 dame en tí morada:
 moriré de amor.

Virgen sin mançilla,
 limpia como el sol,
 báñenme tus aguas,
 aguas del perdón.



María, María,
 doliente la voz,
 me arrojé a tus plantas,
 pues soy pecador.
 Tu mirada ardiente
 roba el corazón:
 dame el tuyo, Madre,
 moriré de amor.

J.



MI POEMA

A MI MADRE

INTRODUCCIÓN

I

Amor de los amores infinito,
 ¡amor casto y bendito!
 ¡del Cielo sacro amor! Aun me consume
 tu recuerdo apacible; y su ambrosía
 queda en el alma mía
 cual del vino en el ánfora, el perfume.

II

Del alba huidas ya las claridades,
 cubren las tempestades
 de sombra el cielo azul; y en lontananza,
 bañando en luz el ámbito sombrío,
 solo queda, Dios mío,
 el faro de tu amor y tu esperanza.

III

¡Veloz carrera del amor humano!
 como fulgor temprano,
 luce en el alma y desaparece, y luego
 marchita de otros tiempos la inocencia,
 viene letal dolencia,
 ¡la muerte y de las tumbas el sosiego!



IV

¡Ay la primera edad! ¡bendita sea!
 si cuna en pobre aldea
 hubieron mis amores celestiales,
 allí pusiste tú, Virgen María,
 adentro el alma mía
 serena luz de días inmortales.

V

Y yo te amé con íntimo cariño,
 con el candor del niño
 y el anhelo de virgen inocente...
 sentía puro afán, ansias divinas...
 y hoy ¡cuán pronto declinas
 de esa aurora fugaz, alma doliente!...

VI

¡Oh madre del Amor y la Hermosura,
 vestida de luz pura,
 te vi! y abierto el labio a la sonrisa
 como al rocío el seno de la rosa;
 ¡y blanda y melodiosa
 era tu voz la voz de mansa brisa!

VII

Aurora de los cielos; cuan distinta
 teñía tu áurea tinta
 nuestros nativos valles, do himno santo
 alzaban la virtud y aves parleras
 en las horas primeras
 en que a su voz juntábase mi canto.



VIII

¡Dulzuras de otro tiempo! ¡Seductora,
 mas ya apagada aurora,
 vuestro recuerdo al ánima acobardada!
 pues yo que camino hoy mudo y sin guía,
 entonces aun no reñía
 con mi madre y el Ángel de mi guarda.

IX

¡Salve luz de otros soles! ¡En su angustia,
 te busca mi alma mustia!
 del inocente espíritu el reposo
 ¡Hoy torne, pues mi vida está de duelo,
 y está asombrado el cielo
 y siento ya el combate tormentoso!...

¡ES ELLA!

X

Al despuntar la luz de la alborada
 y en la noche callada,
 ¡Oh Virgen! te veía.- "Escucha, hijo,
 la Virgen mueve el sol, el sol enciende
 y las sombras extiende"
 - mi madre como en éxtasis me dijo.



XI

-¿Quién de las ondas el raudal de plata
 en la yerba desata,
 y alumbra sobre el monte, en esa estrella?
 ¿Quién el oculto seno a la flor tiñe
 y cual con manto ciñe
 de arreboles la cumbre? ¡Es ella! ¡es Ella!

XII

Ella alienta en el cáliz de las flores,
 ella habla en los rumores
 plácidos del jardín; ella despliega
 el tierno laberinto del capullo,
 canta con el murmullo
 del agua triste, y con las brisas llega.

XIII

Habita, pues es suya, la cabaña,
 y en la oscura montaña
 guía el pastor sencillo; y en la cuna
 el sueño vela del infante inerme,
 y su inquietud aduerme,
 y le alumbra con rayos de la luna.

XIV

Ante sus aras las doncellas lloran
 y las madres le imploran,
 confiado el marinero la saluda,
 pídele el pobre pan, paz el que gime
 y Ella al mundo redime:
 que es al hielo calor, sol a la duda.



XV

Constante, al aquejarnos amargura,
 el cáliz de dulzura
 pone a los labios yertos, y derrama
 en limpia fuente gracias bienhechoras,
 ¡y nuestras tristes horas
 con su amor llena, con su amor inflama!...

ALBORADAS

XVI

¡Cual de un sol mustio pálidos reflejos
 de allá lejos, muy lejos,
 viene el recuerdo de mi edad primera!
 ¡allá en el cielo azul! ¡qué resplandores!
 ¡y nubes y colores!...
 ¡dadme volver atrás! ¡ah! ¡si volviera!...

XVII

Aun miro, como en sueños, altos montes,
 serenos horizontes
 y una heredad oculta en la arboleda;
 brillando el río entre las verdes cañas
 y pajizas cabañas...
 ¡solo memoria de esas cosas queda!



XVIII

¡En ese humilde nido de palomas,
al pie de verdes lomas,
del cielo con los ángeles en cita,
al rumor de un arroyo, soñadora,
pasó mi dulce aurora,
en paz amable y soledad bendita!

XIX

La juguetona luz de la mañana
cruzaba mi ventana
en bullidores haces transparente,
y rocío sutil aglomerado
por el opuesto lado
cubría la hoja del cristal luciente.

XX

Y en el alma aun presentes las visiones
y los trémulos sonos
de un himno santo oído en un ensueño,
cuando la voz materna nos decía:
“despertad ¡llegó el día!”,
a ese acento de amor huía el sueño.



XXI

Y como tierno y melodioso trino,
cual cántico divino,
al resonar la voz del campanario
allá, de la colina en la eminencia,
se oía la cadencia
de las alternas notas del Rosario.

XXII

Y encendiase más la luz escasa
y llenaba la casa
de la plegaria el apacible acento;
los ángeles amigos acudían;
y las ramas gemían
como liras pulsadas por el viento.

XXIII

Y en turba inmensa a que el amor concierto
ofrecía, en el huerto
el canto alzaban pájaros sencillos,
su voz juntando a nuestro coro ardiente:
y decía la gente
“rezan y aman también los pajarillos”



XXIV

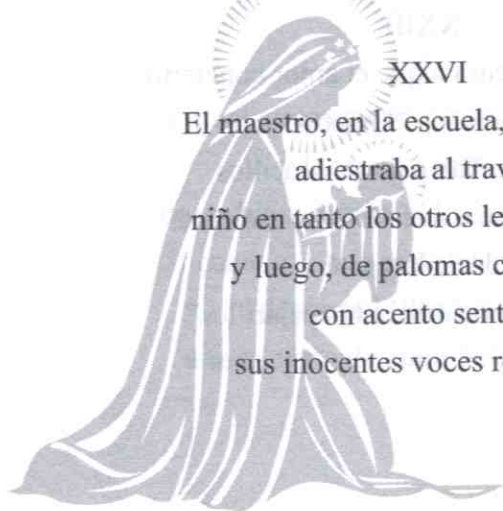
Mientras cantaba el gallo vigilante
allí en la distante
heredad, los devotos labradores,
¡comienzo santo de la lid diaria!
alzaban la plegaria
antes su cruz de espigas y de flores.

XXV

Y en el humilde templo de la aldea,
“¡que bienvenida sea
tu apetecida luz cantaba el cura;
padre mi labio con amor te nombra;
cubra tu augusta sombra
mi grey que en tus favores se asegura!”

XXVI

El maestro, en la escuela, al santo rezo
adiestraba al travieso
niño en tanto los otros le escuchaban;
y luego, de palomas casto nido,
con acento sentido,
sus inocentes voces resonaban.



XXVII

Y la grata cadencia del Rosario
llenaba el solitario
monte, y el bosque y la olvidada choza...
¡doquiera sueñas cántico sublime,
allí donde se gime
y se llora, doquier que se ama y goza!

XXVIII

Con polvo y mustia la marchita frente,
tomo la faz doliente
a esas albas brillantes de oro y grana;
y llénase la copa de mi llanto,
pues aun amo el encanto
de la inocente luz de una mañana...

XXIX

¡De esa mañana en que, cual nunca, el alma
como la brisa en calma
se aduerme dentro el cáliz de las flores,
en tu seno durmió, Madre querida,
y de una casta vida
el vaso derramó de los amores!



XXX

¡Ay! el instante aquel, en inefable
 paz, Virgen adorable,
 te rendí de mi amor el juramento,
 y derramé las lágrimas primeras,
 y en mi sien las ligeras
 alas sentí de un ángel, como viento...

XXXI

¡A ti tan solo amé, ¡Virgen bendita!...
 aquella dulce cita,
 esas sublimes ansias: todo, todo
 era perfume que subía al cielo,
 desde el florido suelo
 de un corazón aun no manchado en lodo!

LA TARDE

XXXII

¡Cuán bella y melancólica la tarde!
 el sol en ocaso arde,
 hermoso, aunque a la muerte se avecina;
 y del iris los vívidos colores
 como lluvia de flores
 derrama sobre el valle y la colina.



XXXIII

En misteriosa, y mágica penumbra
 el crepúsculo alumbra,
 triste cual si llorara la partida
 del astro agonizante; desmayado
 rueda el viento en el prado,
 y la fuente murmura en voz sentida.

XXXIV

El piadoso toque de oraciones
 llega a los corazones,
 cual música de allá, del otro mundo;
 y yace todo en placido sosiego
 solo el silencio luego
 es cántico solemne, himno profundo.

XXXV

La estrella de la tarde solitaria
 asoma, y la plegaria
 brota del alma y en los labios suena.
 “Cuando amanece, y cuando muere el día,
 ¡Salve Virgen María!”
 se oye doquier cual música serena.



XXXVI

En el cañaveral el viento gime,
y en majestad sublime,
con tu reposo y soledad asombras,
solemne y triste, al señor levantas,
con notas sacrosantas,
naturaleza, el himno de las sombras.

XXXVII

¡Tardes del tiempo aquel, siempre os recuerdo!
vuestro aroma no pierdo
“En la senda; mi madre aun me dice:
no las olvides, no, doquier que fueres...”
¡bellos anocheceres,
os ama mi alma fiel, mi alma os bendice!

XXXVIII

Mi corazón fue lira que su acento
dado al pasar del viento
a Dios lo enviaba en éxtasis bendito:
aunque hoy turbada esa apacible calma,
álzase aun de mi alma
mística resonancia a lo infinito.



XXXIX

En la cumbre del monte, reluciente,
de mi heredad en frente,
asomaba una estrella: esa era mía;
pues en ella, vestida de pastora,
verte con faz de aurora,
soñaba ¿no era así? ¡Virgen María!

XL

La indiana, melancólica bocina
gemía en la vecina
heredad de unos pobres, y ladraba
el perro fiel en guarda de sus dueños,
y luego, como en sueños
cánticos nunca oídos yo escuchaba.

XLI

Y arrobábame en lánguido embeleso
la cadencia del rezo
por infantiles labios repetida
y brotada de amantes corazones;
y en cándidas visiones,
de ángeles el descenso y la partida.



XLII

¡Amor de los amores, torna y llena
 mi noche con serena
 lumbre primaveral! ¡Mas ay! ¡la onda
 no la alta cumbre a repasar alcanza...!
 ¡a Dios santa esperanza!
 ¡ya no hay un eco que mi voz responda!

ENSUEÑOS

XLIII

Como duermen las aves en el nido,
 absorto mi sentido,
 dormía de un cantar al blando arrullo,
 perfumado por místicos olores;
 y el aire era rumores,
 voces inciertas, plácido murmullo.

XLIV

Inocente soñaba que contigo,
 de tu amor al abrigo
 pasaba yo las horas deleitosas;
 estrechado, la frente me besabas
 y conmigo jugabas
 hollando el césped, deshojando rosas.



XLV

Y bajo el techo de modesta choza,
 en soledad dichosa,
 mirábamos del tiempo la corriente
 rodar fugaz, en dulce arrobamiento,
 al susurro del viento,
 al resonar del agua del torrente.

XLVI

Y luego te veía, triscadora,
 guiar, santa pastora,
 tu rebaño entre rosas y tomillo:
 ya la oveja feliz tu pie besaba,
 ya en tus faldas jugaba
 como un niño, travieso corderillo.

XLVII

Amorosa llamándome "¡hijo mío!"
 como tenía frío
 ¡me abrías tu regazo y mi cabeza
 reposaba a la sombra de mi dueño!
 ¡ay fugitivo ensueño!,
 ¡sublime amor de espiritual belleza!

NOCHEBUENA



XLVIII

Con el aura gentil de las florestas
venía, y con sus fiestas
diciembre el de las noches celestiales;
y tú esperabas con afán prolijo
la llegada de tu hijo,
hijo de los misterios eternos.

XLIX

Los pájaros cantaban, y cantaban
los niños; repicaban
alegres las campanas de la aldea;
las músicas se oían del cariño,
y “¡el mes, el mes del Niño!”
todos decían “¡bien venido sea!”

L

¡Luz el espacio y el ambiente olores,
y la campiña flores!
hasta la humilde dolorida quena
de una raza humillada, antes dichosa,
inundaba la choza
con aires de un cantar de Nochebuena.



LI

En medio los transportes del contento,
se alzaba el Nacimiento
entre pajas y césped florecido:
allí los de Belén templos y muros
y recintos oscuros
valle, chozas, redil, bosque escondido...

LII

Apacentaban el rebaño en flores
inocentes pastores,
y triscaban alegres corderuelos;
el labrador feliz el campo araba
y en el umbral, hilaba
la esposa entre traviosos pequeñuelos.

LIII

Los Reyes del Oriente hacia la gruta
proseguían la ruta
de una estrella a la luz, también viajera.
Y allá el Portal, el asno, el buey altivo,
mirando compasivo
cual si de Dios la humillación sintiera.



LIV

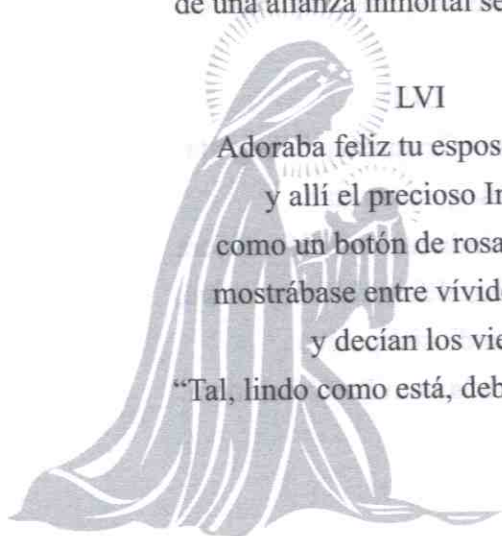
Y adentro estabas tú, Madre bendita,
luciendo la infinita
luz del cielo en el rostro candoroso;
los ángeles fervientes acudían
y aun los aires sentían
y adoraba hasta el asno, silencioso.

LV

De aquel pesebre humilde tras el velo
se adivinaba el cielo:
allí del Mago tras la rica ofrenda,
y del pastor tras los humildes dones,
amor de corazones,
de una alianza inmortal segura prenda.

LVI

Adoraba feliz tu esposo amante;
y allí el precioso Infante,
como un botón de rosa florecido,
mostrábase entre vívidos reflejos;
y decían los viejos
“Tal, lindo como está, debió haber sido”



LVII

En éxtasis, piadosa como bella,
la púdica doncella
“A mis brazos ven ya, Niño esperado;
clamaba, “muestra al fin tus ojos bellos
me ganarás con ellos,
“¡me hará inmortal tu beso regalado!”

LVIII

Y los niños decían “¡amor mío!
¡ay! tendrás tanto frío
sobre esas pajas”... ¡placidas dulzuras!
¡cuán inocente amor! ¡de todos ésta
era la ansiada fiesta!
¡gloria en la tierra! ¡gloria en las alturas!

LIX

Recuerdo el tiempo aquel ¡bendito sea!
el templo de la aldea
llenábase del humo del incienso.
Allí humilde portal, rústico ramo
y hasta de la era el tamo,
mas ¡cuán inmenso amor gozo inmenso!



LX

En el campestre, blanco sombrero
 que en arreo sencillo
 ponían a la Madre en Nochebuena,
 albo plumaje airoso estremecía
 el aura que venía
 de los perfumes de los prados llena.

LXI

Y acudían pastoras y pastores,
 los buenos labradores,
 las tiernas madres, el cansado viejo,
 el chicuelo inocente, la aldeana,
 tan hermosa y lozana,
 con su pañuelo y corto zagalejo.

LXII

El Niño sonreía entre las pajas,
 chillaban las sonajas
 y el tamboril y el pífano sonante:
 y las coplas de amor del Nacimiento
 pasaban con el viento,
 regocijando al corazón amante.

LXIII

Entre el incendio de las secas haces
 bailaban las rapaces
 al son del propio canto, y se alegraba
 hasta la indiana gemebunda quena,
 y el cohete en la serena
 atmósfera, entre chispas estallaba.



LXIV

Y la turba a la vera del camino,
 alegre y ya sin tino
 agotadas las ánforas se lanza,
 al resonar de campesina orquesta,
 en tumultuosa fiesta,
 entre bullicio de inocente danza.

LXV

Y llénanse las copas placenteras
 en torno a las hogueras
 que bañan con su luz las heredades,
 y en todo corazón anida el gozo...
 ¡de Belén niño hermoso,
 salve, huésped de aquellas soledades!

LXVI

¡Cariñoso pusiste allí tu cuna,
 pobre como ninguna,
 mas, oliente a romero y a tomillo!
 ¡eres, cual hijo de pastores, triste,
 y sobre hojas naciste
 como en su nido humilde pajarillo!...



MAYO

LXVII

Tú de mis penas y mi amor testigo,
ven, piadoso amigo:
llegó ya la estación de la plegaria,
la estación de las flores... ¡Mayo! ¡Mayo!
¡mas ay! hondo desmayo
llena cual hielo el alma solitaria.

LXVIII

Hoy como ayer, risueña y bulliciosa,
primavera, de rosa
la faz, viene y derrama en su carrera
espigas, hojas, plácidos rumores...
¡juventud de las flores
encanto de las almas! ¡primavera!

LXIX

¡Cuánto gemir en el nativo río,
que desde el bosque umbrío
la verde grama borda con espumas!
¡músicas y perfumes en el suelo;
y en el límpido cielo,
aves y nubes, irisadas brumas!



LXX

El valle cual colmado canastillo
luce su pompa al brillo
del sol; allí el rosal en el sendero
vierte copia de flores dadivoso,
y el maíz el airoso
plumaje de su sien suelta altanero.

LXXI

Entre toldos de verde enredadera
a la opuesta ribera
su brazo extiende la orgullosa puente,
y vestida de flores y de grama,
los aires embalsama
y se mira en la límpida corriente.

LXXII

Y en vértigo la rueda del molino
gira entre el torbellino
de las hirvientes aguas; cubre el techo
el rico polvo, como blanca gasa,
y adentro el trigo pasa
de la ancha tolva en la prisión, estrecho.

LXXIII

Allí, bajo la sombra de ese sauce,
duerme el agua en el cauce,
y apenas si murmura con voz queda.
Los arboles despiden nuevo grumo
de hojas, do lento el humo
del hogar sube en andas y se enreda.



LXXIV

Enfrente, a un lado y otro las montañas,
y a su pie mil cabañas
que esmalte son a la campiña leda.
Y la ciudad cual nido de palomas,
y detrás, verdes lomas,
y los ríos plateando la arboleda.

LXXV

¡Oh valles de la patria deleitosos!,
¡oh retiros dichosos
del amor y la paz, donde los huertos
están siempre y los setos florecidos
y calientes los nidos,
y es alegre aun la casa de los muertos!...

LXXVI

-Dame te dije en estos valles míos,
entre sauces sombríos,
un nido ¡oh Virgen! antes que sucumba-
y hoy que es sombra de sombras mi esperanza,
si mi voz no te cansa,
- quiero un sauce en mis valles y una tumba!...



LXXVII

En la ciudad y el pobre caserío
¡oh infausto dolor mío!
oigo con pena ya, "¡Mes de María!"
con pena, pues que mi alma es un santuario,
sin aras, solitario,
regado de hojas secas, ¡Madre mía!

LXXVIII

Tú lo sabes muy bien ¡ay! tú bien sabes
que los perfumes suaves
de mis años floridos en el viento
los derramé indiscreto. ¡Fiel amigo,
de mi dolor testigo,
ese canto de ayer es un lamento!...

LXXIX

¡Ah! bien quisiera vuelvan a la vida
la esperanza perdida,
esos sueños de amor encantadores,
esas ideales, castas hermosuras...
mas, aquellas venturas
fueron flores, y han muerto como flores.

LXXX

¡Amigo! Vamos, dices- y respondo
tras largo silencio hondo,
con triste voz cual de las cañas huecas:
-¡Vamos!... daré a mi Madre por tributo
de mi alma envuelta en luto
¡pobre de mí! ¡mi ofrenda de hojas secas!...



IDILIO

LXXXI

Agosto con sus hojas amarillas
venía, y las sencillas
vendimias en las rústicas cabañas;
llevaba el río su caudal escaso,
y, a un sol como de ocaso,
áureas reverberaban las montañas.

LXXXII

¡Oh alegría de tiernos corazones!
¡primeras vacaciones!
gozo como ninguno. Las campanas
clamaban en la iglesia: los hogares
con plácidos cantares
inundaban contentas aldeanas.

LXXXIII

La caterva de alegres segadores,
rebaños y pastores,
acudía en tropel a los sembrados;
y, a la hoz rendidas las gavillas de oro,
cúmulo a su tesoro
hallaban en la grama de los prados.



LXXXIV

Paciendo del rastrojo entre flores,
el vellón en olores
y roció el rebaño lo empapaba;
y los desnudos pies la espigadora
por la mies brilladora
cual dos rosas gemelas resbalaba.

LXXXV

Y apura, el resonar de la bocina,
la turba campesina
el rebosante búcaro que inflama
el pecho decaído en la fatiga
y el nuevo brío hostiga,
aunque el sol vierta abrasadora llama.

LXXXVI

En la era va lloviendo el rubio grano,
y al viento en polvo vano
vuela la paja quebrantada. Denso,
de chozas y alquerías se levanta,
como en ofrenda santa
el humo, del hogar rústico incienso.

LXXXVII

Y entre manteles de mullida yerba,
la cansada caterva
toma contenta la ración diaria:
ríen el niño y el anciano grave,
y antes que el gozo acabe,
se oye el sordo rumor de la plegaria...



LXXXVIII

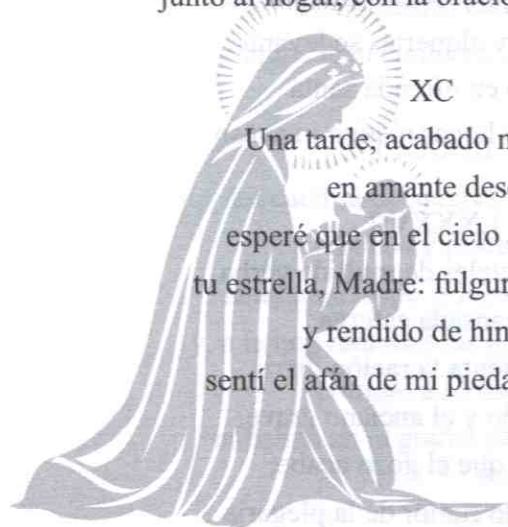
Con la postrera luz el ocaso arde:
 la estrella de la tarde,
 cual la primera lágrima de duelo
 que a una virgen abrasa la pupila,
 misteriosa escintila
 en los profundos ámbitos del cielo.

LXXXIX

Y dichoso, acababa la faena,
 el alma de gozo llena,
 cuando los campos cubre sombra parda,
 el labriego a las puertas de su choza
 llega, mientras la esposa
 junto al hogar, con la oración le aguarda...

XC

Una tarde, acabado mi paseo,
 en amante deseo
 esperé que en el cielo apareciera
 tu estrella, Madre: fulguró a mis ojos,
 y rendido de hinojos
 sentí el afán de mi piedad sincera...



XCI

En el campo entre flores y gavillas,
 postrado de rodillas,
 y en emoción incógnita deshecha
 el alma, conmoviáse envidiosa
 viendo la mies copiosa,
 si rico el labrador, tú sin cosecha.

XCII

-Mi corazón, tú campo; tú lo rieguas,
 tú sus espigas siegues,
 labradora de amor... cual vil cizaña,
 afecto extraña a ti, consume el fuego,...
 campo árido te entrego,
 el dará frutos si tu luz lo baña.-

XCIII

Así grite en solemne juramento,
 y mi piadoso acento
 con el solemne toque de oraciones
 que elevaba el distante campanario,
 junto al viento voltario,
 y del cielo lanzóse a las mansiones.



XCIV

Sollozante de amor, bañéme en llanto...
 !ay! como lloré tanto
 la frente sobre el polvo desplomada,
 de esa efusión de amor llevé conmigo,
 como tierno testigo
 una flor en mis lágrimas bañada...

XCV

Confidente de místicas congojas,
 la puse entre las hojas
 del libro aquél donde rezar solía...
 -tú serás inmortal cual mi ternura,
 oh! flor de mi alma pura-
 ¡sollozando de amor, así decía!

XCVI

Vino otro agosto, y de su madre a lado,
 trémulo, acobardado,
 vi una niña, y hallé que sus miradas
 nadando en luz, buscábanme los ojos;
 y con castos sonrojos
 sentimos del amor las alboradas...

XCVII

¡Fugaces!, ¡cuán fugaces vacaciones!
 de nuestros corazones ¡al unísono son cómo volaron!
 cual el sauce en la fuente embebecido,
 en mi afecto absorbido
 mis memorias de ayer, ya no me hablaron...



XCVIII

-Que entre gavillas una vez lloraste,
 recuerdo me contaste...
 dame esa flor que la bañaste en llanto:
 ¡lo que es tuyo verdad! ¿verdad? ¡no es también mío!
 la flor mirar ansió
 de la primera edad tributo santo.-

XCIX

La niña así me dijo aquella tarde,
 ¡y me rendí cobarde!...
 el libro abrí donde rezar gustaba;
 y aun olorosa a dulce primavera,
 mi casta flor primera
 perfumes de otros tiempos exhalaba.

C

Luego en sus manos la tomó jugando,
 y luego al aire blando
 tendidos los cabellos, triscadora,
 corría del arroyo por la orilla;
 y sin pensar, sencilla,
 soltó la flor en la onda voladora.



CI

-Ay- ¡clamó yerta con doliente acento!
 ¡hondo estremecimiento
 sentí en mí ser! La ofrenda consagrada,
 en la primera edad llorando a solas,
 lleváronse las olas
 con mi piedad de niño inmaculada.

CII

¡Ella mustia lloró! con la mirada
 en la onda agitada
 la flor buscando en ansiedad sincera...
 y yo sentí por ella...y con la palma
 limpióse el llanto... ¡ay! alma
 quedaste luego en paz ¡quien lo creyera!

CIII

Y por darme consuelo, con trabajo
 dorada espiga trajo
 del campo y me la dio, bañada en lloró,
 -¡la sembraremos, crecerán los trigos,
 de nuestro amor testigos!-
 le dije recibiendo ese tesoro.



CIV

-Así cual brotarán los tiernos granos
 uno al otro cercanos,
 nuestros mutuos afectos juntaremos.
 - De cada grano nacerá una espiga
 y otra -...¡Oh mi tierna amiga,
 nuestro amor hasta el cielo eternicemos!

CV

Y volvimos a casa: ya la sombra
 derramaba en la alfombra
 del prado su rocío, y sobre el monte,
 al hablarnos de amor, luciente y bella,
 se alzó mi casta estrella,
 en el negro confin del horizonte.

CVI

-¡Bendita estrella! dijo ¡splendorosa!-
 cual tus ojos hermosa.
 Dije ¡y ella repuso -tengo miedo!
 y una sombra pasó sobre mi frente...
 -¡tengo miedo, doliente
 clamé triste a mi vez! ¡vamos! ¡no puedo!...



CVII

¡Adiós! ¡estrella de mi amor querida!
 ya de sombra vestida,
 ¡no, te vi más! adentro mis entrañas,
 de tormentoso cierzo sentí el frío,
 y escuché que sombrío
 pasó el trueno rodando en las montañas...

CVIII

¡Miseros devaneos! en la tierra,
 cual a un muerto se entierra,
 nuestra espiga sembramos: fresco riego
 en las semillas cándidos vertimos,
 y ramas les tendimos
 a suavizar del sol el vivo fuego.

CIX

De leves hojas esmaltóse el suelo,
 mas las aves del cielo
 arrancaron el tallo esmeraldino,
 y el panteón de mi infeliz espiga
 cerró la vil ortiga,
 y cubrióse de yerbas el camino.



CX

Aún más que la del trigo vida leve
 fue esa ventura breve...
 pero pródigo fui de mi cariño
 en aras de aquel ídolo de un día;
 y te olvidó, María,
 adolescente el que te amó de niño.

CXI

¡Ay! ¡mi piedad filial desvanecida!
 ¡ay mi inocente vida!
 ¡oh codiciosa edad! ¡todo lo invades
 metes la ruda mano en la conciencia
 y desatas ardientes tempestades!

CXII

¡Ay! adorada Madre, Madre mía,
 ya no soy cual solía,
 pues hoy mi llanto mancha tus altares,
 y este don de mis lágrimas no exhausto
 es mi único holocausto,
 amargo como la onda de los mares.

CXIII

Hoy de mis labios sale voz de angustia,
 es ya cadencia mustia
 el canto del Rosario... la sonante
 arpa de mis cantares está rota,
 y la plácida nota
 de otros tiempos es nota sollozante.



CXIV

Y hoy la copa de amor en que bebiste,
 ¡mengua de esta alma triste!
 aun manchan viles heces. Profanado
 mi corazón es solo una ruina,
 no la ofrenda divina,
 el triste don en lágrimas bañado...

PLEGARIA

CXV

Aun vuelvo a ti mi rostro dolorido,
 con amargo gemido
 y en tinieblas envuelta la mirada;
 y tiemblo ver las luces del ocaso,
 y mustio, paso a paso,
 llorando sigo mi áspera jornada.

CXVI

¡Oh santa Madre del linaje humano!
 ven besaré tu mano
 tu bondadosa mano; y vuelva luego
 el solaz tierno, la piedad sincera
 y de mi edad primera
 ese de puro amor templado fuego...



CXVII

¡Tu amor que huyó tal vez mi ingrato pecho!
 en mortuorio lecho
 Madre, vuelvo cual ¡Lázaro a la vida!...
 ¡hoy tuya es ya la ofrenda de mis penas,
 la sangre de mis venas
 y mi alma por el llanto redimida!

CXIII

Presto veré las luces del ocaso,
 ¡ay presto echaré el lazo
 a mi garganta el enemigo fuerte!...
 entonces Virgen del Amor Hermoso,
 dame eternal reposo,
 tras las amargas luchas de la muerte.

REMIGIO CRESPO TORAL



A NUESTRA SEÑORA

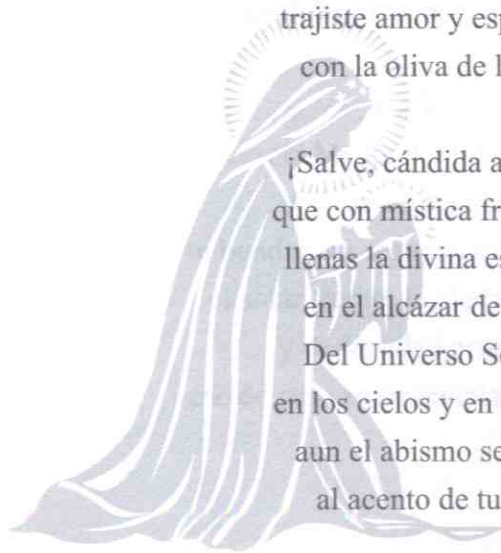
También yo, madre querida,
pongo sobre tus altares,
estos humildes cantares,
prenda de inocente amor.

¿Qué valen ellos, si tú oyes
los himnos de las alturas
y de ángeles voces puras
suenan en tu adoración?

Brotaste, cual blanco lirio
del mundo entre las espinas,
y salvaste las ruinas
de la afrenta original.
del arca santa paloma,
nuncio fuiste de bonanza;
trajiste amor y esperanza
con la oliva de la paz.

¡Salve, cándida azucena
que con mística fragancia,
llenas la divina estancia,
en el alcázar de Dios.

Del Universo Señora,
en los cielos y en la tierra:
aun el abismo se aterra
al acento de tu voz!



Más que Judit valerosa,
aún más que Esther pura y bella,
eres reluciente estrella,
eres más limpia que el sol.
Y en la noche silenciosa,
te alzas cual cándida luna,
hermosa como ninguna
cercada de ígneo arrebol.

¡Reina augusta, el cetro empuñas
soberana, y tu alta frente
luce, astro resplandeciente,
con la diadema gentil!.

¡El señor puso en tus manos
su gloria, su omnipotencia;
las fuentes de la clemencia,
Madre de amor, puso en ti!

Del cielo dorada puerta,
y faro del navegante
que sobre el mar anhelante
teme las ondas del mar.

Viene la tormenta y tiembla
el mortal cual frágil hoja,
y el sol nueva luz arroja:
por ti huyó la tempestad.



Tú mitigas cariñosa
la herida oculta del alma,
tú nos devuelves la calma,
velas nuestro sueño, tú.
Y si ruge dentro el pecho
del vicio airada tormenta,
tu voz sosiega y alienta,
tú bañas la sombra en luz.

A el alma pura que ansía
de Dios el místico abrazo,
eres guía, eres el lazo
de la eterna, casta unión.
Tú acoges nuestra plegaria
tú serenas los pesares,
como serenas los mares
y prodigas el perdón...

¿Quién no te ensalza, María?
hoy del uno al otro polo,
se eleva un cántico solo,
el cántico de la paz.
Y doquier repite el viento
ecos de dulce armonía,
notas de santa alegría,
himnos de amor inmortal...



También yo ofrendarte quise
de mi alma sencillas flores:
solo riego de dolores
tuvieron, ni aire ni sol.
¡Tuyo es, Madre, solo tengo
tributo de hondo quebranto!
¡brota llanto, solo llanto
del herido corazón!...



UNA LÁGRIMA

De en medio de este valle
de lágrimas, María,
te eleva el alma mía
ferviente una oración.

A ti que nunca en vano
invoca el desgraciado,
a ti que has consolado
mi mísera aflicción.

Hoy con piedad sincera
te elevan mil naciones
sus votos y oraciones,
sus cánticos de amor.

El bardo, santa Virgen,
te ofrece sus cantares,
y al pie de tus altares
se postra el guerrador.

El huérfano y la madre
ofrédante sus quejas,
te pide que protejas
su amor la juventud.

La virgen y el anciano,
y el pobre, y el proscrito
lanzan doliente grito
que tierna escuchas tú.



Te ofrecen nuestros ríos
fantásticos rumores,
el sol sus resplandores,
sus cantos el turpial;
sus ecos la montaña,
la fuente su murmullo,

la tórtola su arrullo,
su furia el vendaval.

También yo, Madre mía,
de mi ánima doliente
quisiera algún presente
hoy para ti llevar.

Quisiera hermosas flores,
quisiera las estrellas,
para adornar con ellas
las gradas de tu altar.

Pero ¡ay! tan solo tengo
para ofrecerte hoy día
de mi alma la agonía,
mis lágrimas de hiel;
del pecho destrozado
un lánguido latido,
y el corazón herido
en la contienda cruel.



Entre las bellas flores
y los preciados dones
de incienso y oraciones
que te ofreció el amor,
encontrarás la lágrima
de tu hija, Madre amada,
la lágrima brotada
de un yerto corazón.

LUCÍA



A LA VIRGEN SANTÍSIMA DE MERCEDES

EN EL DÍA DE SU FESTIVIDAD

Desde este valle oscuro
en que proscritos
suspiran y lamentan
de Eva los hijos;
a ti elevamos
en tu loor Señora,
himnos y cantos.

¿Qué conquistador puede
decir altivo?
“¿en qué lugar del mundo
no mando y brillo?
el mundo entero
humillado se postra
bajo mi imperio!”

Solo tú decir esto
puedes, Señora,
porque a tus pies se rinde
la tierra toda;
¿dónde no imperas?
montes, valles y ríos
himnos te elevan.



En la ilusión ardiente
 del amor nuestro
 vestida en todas partes
 de luz te vemos:
 luz que ilumina.
 Las sendas que conducen
 a mejor vida.

Tu celestial presencia
 do quiera brilla,
 en los valles profundos
 y excelsas cimas,
 brillas de noche
 y en la luz con que el alba
 dora los montes.

En el sol y en la luna
 también te vemos,
 y por la tarde asomas
 con el lucero,
 desde ahí señales
 danos siempre, Señora
 de que eres madre.

Ante la luz que arrojas
 Reina sublime,
 mercedes y consuelos
 todos te piden.



Papas y reyes
 a ti en el mar del mundo
 sus ojos vuelven.

Grandes y pequeñuelos,
 ricos y pobres
 de tu amor a las aras
 todos se acogen;
 y en ningún siglo
 ha sido el que te llama
 desatendido.

Bajo de esta confianza
 los miserables
 exigimos hoy día,
 de todas bondades,
 que con tu amparo
 evitemos, Señora,
 un fin aciago.

TOMÁS RENDÓN



FLOR DE MAYO

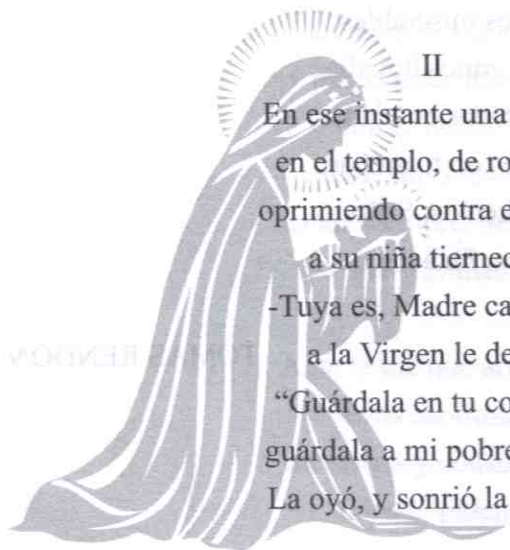
A MI MADRE, EN LA MUERTE DE SU HIJA CLEMENCIA

I

Era un sábado de Mayo,
cuando la Virgen bendita
vino a recoger los dones
que en el mundo le ofrecían,
triste se tornó la Reina,
viendo las flores marchitas
que en sus altares pusieron
pechos que mustios latían;
y a Dios piedad implorando
para el mundo, se volvía
a las celestes moradas
la Santa Virgen Bendita...

II

En ese instante una madre,
en el templo, de rodillas,
oprimiendo contra el pecho
a su niña tiernecita:
-Tuya es, Madre cariñosa,
a la Virgen le decía.
"Guárdala en tu corazón,
guárdala a mi pobre niña".
La oyó, y sonrió la Virgen



con esa dulce sonrisa
que los cielos y la tierra
llena de santa alegría;
y de brazos de su madre
tomando a la tierna niña,
sobre el corazón la puso
y al cielo voló en seguida.

III

¡Oh! ¡cuán feliz eres, madre!
¡oh! ¡cuán feliz, madre mía!
el dolor dulcificaste
de la Virgen sin mancilla,
¡dándole la flor más bella
que ofrecérsela podía!
¡feliz, pues una flor pura
diste a la Virgen bendita!

PERÚ – ALBERTO TAMARIZ



A MARÍA

Composición dedicada a mi lustrado profesor,
Señor Doctor Cornelio Crespo T.

¡Oh Reina de la hermosura,
que en un trono de querubes
te asientas, tras de esas nubes,
que se agrupan en la altura;
Madre de amor y ternura
que truecas amable y pía,
las penas en alegría,
y amparas al que en ti espera!...
¡quien pudiera, quien pudiera
cantar tus glorias, María!

¡Ah! yo he buscado a toda hora,
en el ansia en que me agito,
un ideal infinito
para mi alma soñadora,
¡y en ti lo encuentro hoy, Señora!
toque mis labios tu mano;
y el poeta que hoy en vano
llora su melancolía,
para alabarte, María,
será poeta cristiano...



Después de Dios, cuanto hay grande,
cuanto hay hermoso y risueño,
es a tu lado pequeño,
como una flor junto al Ande.
En ti la mente se expande;
y tan noble y hechicera,
el ser Eterno, te hiciera,
son tus virtudes tan claras,
que si el cielo no adornaras,
un erial el cielo fuera.

¡Perenne fuente de gracia,
oh Virgen incomparable!
el amor te halla adorable
y agua do la sed se sacia
encuentra en ti la desgracia...
¡Dios te obedece, Dios mismo!
y si en rudo cataclismo
fue el iris paz y consuelo,
tu eres hoy, en nuestro duelo,
el iris del cristianismo.

Tú eres más cándida y bella
que la luz de la alborada,
cuando suave y azulada
en el Oriente destella.



No es más hermosa una estrella
 en el éter suspendida;
 no más dulce la venida
 de la estación de las flores...
 ¡puro amor de los amores,
 única luz de la vida!

En las linfas de la fuente,
 en la susurrante brisa
 que entre flores se desliza,
 en el sol resplandeciente,
 del monte en la cana frente,
 en la ancha mar gemidora,
 en todo encuentro, Señora,
 de tu hermosura un destello;
 en lo sublime, en lo bello,
 en el Ocaso, en la Aurora.

Y a veces creo, María,
 verte en medio del espacio,
 sobre nubes de topacio,
 más luminosa que el día;
 y en mi loca fantasía
 me parece que te miro,
 aérea como un suspiro,
 de arcángeles circundada,
 y la frente coronada
 de estrellas de oro y zafiro.



Todo te alaba y venera,
 todo te rinde homenaje;
 es tuyo el verde ramaje,
 tuya es la luz de la esfera
 nómbrate el aura parlera,
 la luna te ofrece el rayo
 que lanza en suave desmayo
 y campos mil de esmeralda,
 para tejer tu guirnalda,
 brotan las flores de Mayo.

Casta paloma del Cielo,
 que arrullos de amor exhalas,
 despliega tus blancas alas,
 y hacia mí endereza el vuelo,
 paz trayéndome y consuelo.
 ¡Mucho he gemido, Señora,
 y mucho gimo hasta ahora!...
 ¡dame la calma perdida!
 ¡devuelve a mi alma afligida
 la dicha por la que llora!...



Siendo niño todavía,
mi madre, a quien amo tanto,
me enseñó que en mi quebranto,
a ti acudiera, María.

Hoy que honda melancolía⁶
tenaz me quita la calma
oye las preces de mi alma
que con respeto te nombra
¡en la tristeza, a tu sombra
me pondré, mística palma!

¡Ah! yo te quiero, porque eres
tan digna de ser amada,
y el alma me ha sido dada,
para amar a grandes seres.
¡Bendita entre las mujeres,
como creyente sincero
debo amarte! te venero
y en tu ardiente amor me inflamo:
¡como a tierna hermana te amo,
y como a Madre te quiero!



¡Madre!... sí, déjame darte
tan tierno, tan dulce nombre
¡tu hijo, Señora, es el hombre,
y Madre debe llamarte,
y como a Madre invocarte!;
recuerda que del humano
en el Gólgota, no en vano,
el Hombre-Dios Madre te hizo;
recuerda que Jesús quiso
que le llamemos ¡hermano!...

CARLOS CARBO VITERI



MARÍA

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO MONSEÑOR
CARLOS ADOLFO MARRIOT.

Raudal inagotable de ternura,
símbolo angelical de la pureza,
creatura trasunto de belleza
del Divino Hacedor perfectá hechura;

Amable confidente en la amargura,
compañera del hombre en la flaqueza,
estrella de apacible gentileza
que el camino nos muestra de la altura;

Solaz en nuestras penas y dolores
musa de la cristiana poesía,
vivificante amor de los amores;

Madre del mismo Dios y madre mía,
alba flor, sin igual entre las flores,
y reina de los cielos, es María.

CESÁREO CARRERA



MI AMOR

Hay un ser en el cielo, yo le adoro,
con loco afán y con amor profundo;
en él contemplo de ventura un mundo
él es en la miseria mi tesoro.

Con tierno ruego su piedad imploro
cuando el dolor me agobia furibundo;
porque atiende mi acento gemebundo
y me alivia y del alma enjuga el lloro.

Y ese ser a quien yo, con dulce anhelo,
mi joven corazón he consagrado,
y el inefable amor del alma mía.

Es la piadosa Emperatriz del cielo,
la madre del Señor crucificado,
la Inmaculada Virgen ¡es María!

MANUEL TAMA



DADME QUE CANTAR

Aún mi noche ilumina
el purísimo fulgor
de la estrella que adoré...
¡Salve, estrella matutina!
tú serás mi eterno amor
y Dios mi esperanza y fe...

I

¡Se va, se va la ilusión!
¡y todavía estallar
siento en mí la inspiración!
¡arrancadme el corazón,
o dadme algo que cantar!
mas ¿por qué cantar ansió
si en todo nada encontré?
¿podré hallar, tal vez, Dios mío,
eso incierto no sé qué
soñado en mi desvarió?...
¿o quizás no fue verdad
lo que, en medio de mi ansiedad,
dije yo del mundo todo:
“¿es un puñado de lodo
que rueda en la inmensidad?”
¡Aun puedo cantar! ¡al canto!
otra vez venga la lira,
¡torne el celestial encanto!
el amor sublime y santo
hasta a un yerto corazón inspira...



¡mas, silencio! todo muerto
de nuevo contemplo aquí...
si la muerte siento así,
y está el corazón desierto,
¿como cantar ay! de mí?
¡se fue, se fue la ilusión
de las creencias de ayer!
¡oh! ¡por Dios! ¡por compasión!
dejadme algo que creer,
o arrancadme el corazón...

II

-¡Canta ya! vuelve al consuelo,
que cual sol, desde la cruz,
te muestra su faz Jesús;
y en la tierra y en el cielo
ondas vierte de alba luz.
-¡Cantaré! ¡la noche huyó!
ved la cruz, almas fervientes;
y sentiréis como yo,
pasar las sombras dolientes
con que la muerte os cercó...
¡Alma fuerte! al canto, al canto;
¡dadme la lira! ¡la lira!
junto a ese lábaro santo,
¡he visto, al fin, el encanto
por el que mi alma suspira!...
¡Eres tú! ¡Santa María,



mi puro, infantil amor!
 ¡cuánto tiempo no tenía
 el consuelo bienhechor
 de tu vista, Madre mía!

Y ¿por qué? –por ir cantando
 en las sombras, persiguiendo
 un amor que irá menguando,
 y un sol que se está apagando,
 y una fe que va muriendo...

Esclavo tuyo, Señora
 por ti vencido, en ti espere;
 ¡pues solo a tu sombra mora,
 con el amor que no llora
 la esperanza que no muere!...

¡Se fue, se fue la ilusión!
 ¡y ya tengo que cantar!
 ¡vas, con santa inspiración,
 junto a tu madre, a entonar
 nuevos himnos, corazón!

Perú-1880

MIGUEL MORENO



DAME QUÉ TE AME

-Amor de los amores,
 piadosa Madre,
 mi alma un deseo abriga,
 sublime y grande,
 mucho más grande
 que el cielo y que la tierra:
 ¿cómo saciarle?

-¿Y cuál es el deseo
 inmensurable,
 que llenarlo no puede
 mi amor de madre?
 pues soy tu madre,
 ábreme, hijo, tu pecho,
 habla, no tardes.

-Acepto del destino
 rudos embates,
 renuncio de mi vida
 lo más amable:
 ¡qué hay más amable
 que una adorada esposa,
 y una hija, un ángel!



Y si también lo quieres,
 por tu amor, Madre,
 quítame hasta mi lira,
 ¿más pena cabe?
 y hasta si cabe,
 quítame el cielo,
 pero...DAME QUE TE AME.

MIGUEL MORENO



MAYO QUILLA

Sisashca, sumac quilla
 chayamushcami,
 ña Virgenta yuyashpa,
 shungu cuyanmi,
 cushish cuyanmi,
 icha ña ricugrisha
 janac pachapi.

Tucuylla huambracuna,
 sumac sisata
 larcaypish rigrin:
 paypac sumac ñahuita
 ña tigrachinmi

Ricuichi, tucuy mashna
 chungacuncuna;
 jatun Virgen mamaman
 tucuylla cushca,
 imalla cushca,
 huagcha runacunapac
 yarcay unguipac,
 tucuy jaga moruta,
 tucuy cullquita,
 maqui junda apamuichi
 shunguhuan pacta,
 llaquihuan pacta,



paipac cuyac shuguman
 huacash cungapac
 Tucuylla cushiyashun
 cay quilla pimi,
 Tamia ricurimucum,
 musuyca rigrin,
 cay pachapi llacta
 charisha nigman,
 curita nigman,
 canman tucuy cungapa,
 pudic Mamita.
 ¿Cay tucuc illacpica
 imata cuzha?
 huagcha runa, cunimi
 tucuy shunguta,
 llaqui shumguta,
 huiqui causaihuam pacta
 may cushi junda.

JOSÉ MARÍA MORENO



TRES LIRIOS

(DE AUGUSTO LE PAS)

En los tiempos de Francisco
 de Asís, y bajo su regla,
 un siervo fiel de la Virgen,
 en el jardín de la iglesia
 florecía, enardecido
 de santo amor: Egidio era
 un ángel que a su alabanza
 consagrado aquí en la tierra,
 perennemente tenía
 la Inmaculada Doncella.

Paso a paso, una mañana
 por solitaria vereda
 iba, cuando de improviso
 con un monje allí se
 encuentra, de tal saber y palabra,
 que en muchas hondas tinieblas,
 para la gloria del Cristo.
 Abrió luminosa senda.

Triste, triste el monje estaba,
 mostrando en esa tristeza
 que para sí no tenía
 la luz que a los otros diera.
 Una duda atormentaba



todo el vigor de su ciencia,
 un enigma que zumbando
 a su oído persevera,
 bien cuando pretende el sueño,
 bien cuando en estudio vela,
 y aun más, de la oración misma
 en la aspiración suprema.

-Egidio dice, ¡que frutos
 nos da el árbol de la ciencia!
 que amargos son, solo sabe
 el que como yo, los prueba...
 ¡feliz el creyente humilde!
 Que, harto de fe, ya no hambrea,
 y que por la vida trillada
 en simplicidad ingenua
 marcha, y al alzar los ojos
 hacia las luces eternas,
 ¡nunca que su clara lumbre
 empañen en sombras recela!...

Egidio, padezco mucho
 compadéceme... doquiera
 tenaz esta horrible duda
 sábelo, mi mal aumenta,
 porque es de la Inmaculada
 Virgen ¿oyes? En ofensa...
 ¡Maldito saber, maldito!
 ¡si esta ha de ser tu cosecha!



maldita luz que nos guía
 al seno de las tinieblas...
 ¿Cómo la rama difiere
 del tronco que le sustenta?...
 ¿cómo de un pecador la hija
 ha de ser flor de inocencia?
 ¿cómo a tal flor no ha ensuciado
 el polvo vil de la tierra?...

Egidio oye pensativo
 del sabio la duda horrenda,
 y con frecuentes suspiros
 el discurso impío alterna;
 y después, tristes los ojos,
 mas con mirada severa,
 clava en el monje, y al cielo
 luego en oración los lleva.

Y “ ¡Verbo Divino! exclama,
 tu qué hiciste floreciera
 en el valle do debías
 morir, la casta inocencia
 de tu Madre, presto alumbra
 de este espíritu las nieblas,
 que así se ofusca olvidado
 a donde tu poder llega”
 venga a entender que María,
 del hombre esperanza eterna,



que la Virgen no hubo mancha,
antes que tu Madre fuera.
¡Señor!!!... y aquí el duro suelo
con el báculo golpea,
y ¡oh milagro! un blanco lirio
brota súbito la tierra.

“¡Sí! La Virgen sin mancilla,
después que Jesús naciera,
pura también”, gritó luego
y al punto brotó la arena
a otro golpe, aun otro lirio,
mejor que en la vez primera.

“¡Sí! Continúa, “la Virgen
al abandonar la tierra,
subió a Jesús limpia, pura
con adorable pureza!...”

Y al tercer golpe otro lirio
entre los primeros tiembla...

Atónito el sabio monje
en el polvo se posterna, y los olorosos lirios,
bañado en lágrimas, besa;
mientras que Egidio cantando
alabanzas a su Reina,
por el desierto camino
paso ante paso se aleja.

HONORATO VÁSQUEZ



Habríamos deseado que esta colección fuese formada con poesías de todos los poetas azuayos. Pero, a pesar de haber invitado a todos ellos, no se nos ha enviado el tributo solicitado. Así que, en la “Ofrenda de Mayo” se echarán de menos nombres de reconocido valer como los de Cordero, Matovelle, Rafael y Manuel N. Arizaga, Alberto Muñoz V., Manuel Polo, Carlos J. Córdova, Luis A. Chacón etc.

Este número, como lo indicamos oportunamente, equivale a dos de nuestra serie literaria, al de Mayo y al de Junio. Así que hemos completado ya la primera serie de esta revista.

“EL PROGRESO”

Parte política y parte literaria

PRECIOS

Por cada serie de doce números, nueve políticos y tres literarios-----1 sucre,
20 centavos

Por una serie de números políticos----- 1 sucre,
20 centavos

NUMEROS SUELTOS

Políticos: cada uno -----10 centavos de sucre.

Literarios: cada uno-----20 centavos de sucre.

El ejemplar de este número importa 40 centavos de sucre.

AGENTES

Tulcán..... Señor Roberto Carrera.

Ibarra..... Señor Segundo V. Pérez.

Quito..... Señor Manuel M. Pólit.



| | |
|------------------------|--|
| <i>Latacunga</i> | <i>Señor Juan A. Echeverría.</i> |
| <i>Ambato</i> | <i>Señor Alejandro Iturralde.</i> |
| <i>Riobamba</i> | <i>Señor Pablo Astudillo.</i> |
| <i>Alausí</i> | <i>Señor Agustín Betancourt.</i> |
| <i>Guaranda</i> | <i>Señor Ángel P. Chaves.</i> |
| <i>Cañar</i> | <i>Señor José M. Borrero.</i> |
| <i>Azogues</i> | <i>Señor Belisario Heredia.</i> |
| <i>Manabí</i> | <i>Señor Doctor Miguel Cueva.</i> |
| <i>Babahoyo</i> | <i>Señor Rafael L. Nieto.</i> |
| <i>Guayaquil</i> | <i>Señor Pedro Janer.</i> |
| <i>Machala</i> | <i>Señor Rafael Real.</i> |
| <i>Loja</i> | <i>Señor Doctor Darío E. Palacios.</i> |
| <i>Zaruma</i> | <i>Señor Emilio Peñaherrera.</i> |
| <i>Paute</i> | <i>Señor Doctor Ezequiel Márquez.</i> |
| <i>Gualaceo</i> | <i>Señor Adolfo Vélez.</i> |
| <i>Girón</i> | <i>Señor Manuel Flor.</i> |

Agencia general en Cuenca.- Almacén del Señor Andrés Regalado.

La Revista literaria de "El Progreso" se publica mensualmente.



ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Presentación. Rodrigo Mendieta | 3 |
| Introducción histórica. Juan Cordero Íñiguez | 5 |
| Colección de poesías azuayas dedicadas a María Santísima. Introducción | 15 |
| Bellezas fugaces. Juan J. Ramos..... | 19 |
| A la Virgen Santísima de Mercedes. Tomás Rendón | 20 |
| Santa María. José Mora..... | 21 |
| Si os amara. Tomás J. Alvarado | 23 |
| Mi canto. Fidel Cevallos | 25 |
| Ofrenda de la inocencia. Juan J. Ramos | 28 |
| Rosas y azucenas. J..... | 30 |
| El huérfano. Deifilio Larriva..... | 32 |
| El Primero de mayo. Víctor González Novillo | 34 |
| A María. Jerónimo Mosquera | 36 |
| Oda a María Santísima. H.M..... | 39 |
| Villancico. Honorato Vázquez | 43 |
| Cántico. J..... | 45 |
| Mi Poema. Remigio Crespo Toral | 47 |
| A Nuestra Señora. Anónimo | 84 |
| Una lágrima. Lucía | 88 |
| A la Virgen Santísima de Mercedes. Tomás Rendón | 91 |
| Flor de mayo. Alberto Tamariz | 84 |
| A María. Carlos Carbo Viteri | 96 |
| María. Cesáreo Carrera | 102 |
| Mi amor. Manuel Tama..... | 103 |
| Dadme qué cantar. Miguel Moreno | 104 |
| Dame qué te Ame | 107 |
| Mayo quilla. José María Moreno | 109 |
| Tres lirios. Honorato Vázquez | 111 |





UNIVERSIDAD DE CUENCA

Av. 12 de Abril y Agustín Cueva Telf: 4051000
www.ucuenca.edu.ec

Centro de Documentación "Juan Bautista Vázquez"



SI13189

Impreso en los Talleres